

Primer Concurso Navideño de Relatos Tierra De Leyendas

Los relatos

Los relatos aquí escritos cumplen los siguientes requisitos:

>> Relato corto de 1251 palabras como máximo, título del mismo aparte. <<

>> Temática navideña: puede ser tierna y entrañable, o canalla y salvaje, puede ser a favor de la Navidad o en contra, puede ser seria o cómica, puede ser ficción o realista, pero siempre, siempre, Navideña. <<

El orden de colocación de los relatos en el presente archivo es completamente aleatorio y no responde a ningún orden alfabético de título, ni de nick, ni de fecha de entrega, ni similares. Todos los relatos han sido justificados y estandarizados en letra y tamaño para tener una lectura uniforme.

Los participantes

Sólo podían participar aquellos que ya participaron en el anterior concurso TDL V o haber colaborado estrechamente en la organización del mismo, puesto que el premio había sido donado para el TDL V.

Las votaciones y los votantes

Sólo podrán votar aquellos que votaron en el TDL V, lo que incluye a los propios participantes, que no sólo tienen derecho a votar sino la obligación moral de hacerlo. El participante que no quiera otorgar sus puntos a sus compañeros, restará 8 puntos del total conseguido al cierre de las votaciones.

Se votará en público, en el post abierto para el caso en Tierra de Leyendas. El plazo de votación será de dos semanas, desde el viernes 9 de diciembre, hasta el jueves 22 de diciembre a las 23,59h.

Se indicarán las votaciones con el título del relato y puntuación dada. Se puntuará a 8 relatos de los 21 presentados según la siguiente escala: 4, 3, 2, 1, 1, 1, 1, 1

El premio

Un volumen de Nicho de Reyes, firmado por el autor, David Mateo, 2 veces, una dedicada a un servidor por ganar el TDL 5, y otra dedicada al ganador del presente concurso.

Suerte a los participantes.

Los tres cuatreros

Recorriendo la población de Greenold, Daisy Bolton no lograba sentirse mejor. Venía de escuchar misa en la iglesia anglicana del pastor Turner, donde había recibido un exaltado sermón sobre la Navidad y sus consecuencias. Pasó por la puerta del Salón donde dos rufianes silbaron a su paso de forma descarada. Luego cruzó la calle y dejó atrás la barbería de Sam Sciktors, la estafeta de correos y la oficina del National Bank, todas adornadas con espumillones navideños. Después soportó la asquerosa mirada del sheriff McFat, el típico hombre corrupto designado a dedo por el estado; y de su amigo Bill Black, el herrero manco.

La bella Daisy, como era conocida pese a estar adentrada en la cuarentena, era una mujer hermosa, con algunas arrugas en el rostro provocadas por su desagradable trabajo. Nunca celebraba la Navidad, pues ella le había arrancado a su padre con toda la crueldad del mundo.

Luego pasó rápidamente por la concurrida tienda de ataúdes, donde se agolpaban los amigos de un bandolero caído al amanecer en un duelo. Finalmente dejó atrás el establo de John Cutty, alias el Tiburón, donde podían comprarse los jamelgos más viejos del Oeste; y se adentró en la pequeña tienda de Melissa Sugar.

Allí escuchó a dos mujeres hablar sobre los tres misteriosos cuatreros que mantenían al pueblo en vilo. Una defendía que nada bueno podían traer al poblado, mientras que la otra le respondía que uno de ellos había comprado mirra e incienso de buena mañana.

Todo comenzó unos meses antes, con la llegada al lugar de los tres reservados forajidos. Dos de ellos eran blancos, y el otro de color. Pronto causaron el pánico entre los propios bandidos del lugar. Los Dalton, los Wilson y los Johnson fueron expulsados de forma alarmante. Unos con un kilo de plomo en el estómago, y otros bailando al son de los revólveres enemigos.

Los nuevos malhechores compraron con extrañas monedas de oro la casa de Jacqueline Surtrees, la viuda del último alcalde, que era la única con tres pisos de altura. Cuando se le preguntó a la mujer por la venta, sólo comentó que el dinero limpio o manchado de sangre, seguía siendo dinero, y que se iba a vivir al Norte con todo lo ganado.

Muchas voces sugerían que la banda estaba preparando algún golpe en la vecina Wonder City, y que querían emplear la casa como centro de operaciones.

Ante los emergentes rumores y la presión vecinal, el sheriff Doc McFat tuvo que arrastrar su trasero hasta la entrada del edificio para pedir explicaciones. Lo único que logró fue una sarta de guantazos en la cara y una patada en los riñones de muy bellaca factura.

Entonces llegó el fatídico 24 de diciembre...

Daisy Bolton se encontraba mirando a través de la ventana de su habitación. Desnudo en la cama yacía plácidamente Bill Black, el herrero manco, que había gastado todos sus dólares ahorrados en el bonito cuerpo de la mujer.

El forjador emitió un pequeño gemido y se rascó la entrepierna, pero la bella Daisy no se dio la vuelta, pues ver aquel cuerpo fofo y gordo durmiendo en su lecho le provocaba arcadas. En un par de meses ahorraría suficiente para comprar un billete en la diligencia que de tanto en tanto llegaba al poblado, y entonces, Greenold no sería más que un lamentable recuerdo en su memoria.

En aquellos momentos, mientras el viento zumbaba fuertemente en el exterior, y unas cristalinas lágrimas jugueteaban en el borde de sus ojos grises, recordaba las navidades pasadas en familia con sus padres: todos reunidos celebrando el nacimiento de una persona que había cambiado el mundo, o al menos, eso decía la Sagrada Biblia que le habían obligado a leer desde bien pequeña.

Recordaba a su padre bendiciendo la mesa y trayendo regalos para ella y su hermano. Días felices que se habían perdido en el pasado. En aquellos instantes odiaba con furia al hombre que salió aquella noche de

Navidad en busca de un supuesto ladrón que acechaba la casa, y nunca más volvió.

¿A dónde fuiste papá?

Trataba de no llorar, pero el rostro bondadoso de su padre era un recuerdo demasiado añorado como para contenerse.

Pero de pronto se escuchó un estruendo, como un disparo de arma, y junto con el resplandor de la pólvora, vio que algo se precipitaba al vacío, acompañado de un grito y el alarido de animales.

Doc McFat salió corriendo de su casa con los calzones colgando, la placa de sheriff en la boca, y su colt en la mano derecha. Cruzó corriendo la calle escondiéndose en las sombras, esperando que el tiroteo terminara.

Se cubrió tras un abrevadero que apestaba a mohó, y pudo ver con sus ojos como decenas de fogonazos salían desde el tejado de la antigua casa de Jacqueline Surtrees.

Pensó en salir corriendo, pues sabía como se las gastaban aquellos bandidos, pero cuando hizo amago de huir, se topó de cara con la sensual Daisy Bolton.

La mujer le miró con repugnancia, como quien reconoce a un gusano en mitad del fango, para luego seguir avanzando hacia los disparos. Doc no tuvo más remedio que seguirla con las piernas temblorosas.

Escucharon entonces los lejanos gritos que entre disparo y disparo se dedicaban los contendientes.

—¡Hijos del maldito Satanás! ¡Hoy es mi día!

—¡Calla gordo! ¡Esta noche cenarás plomo de las Rocosas!

Poco a poco, la bella Daisy y el sheriff McFat clavaron sus ojos en la oscuridad, hasta que llegaron a ver un extraño vehículo empotrado en el techo de madera de la iglesia del pastor Turner.

Parecía un carro, eso era cierto, pero no lo era del todo, pues habían algunas diferencias que hicieron a los dos abrir los ojos como platos. El “carruaje” no poseía ruedas, sino algo plano que asemejaban tabloncillos de madera lijados y cuidadosamente pulidos. Y por si aquello fuera

poco, las bestias que empujaban aquel “carromato” no eran caballos, ni burros, ni mulas, ni tan siquiera bueyes.

¡Renos!. Daisy los reconoció por su cornamenta, pues los había visto de niña en un libro de cuentos de su madre.

El pobre hombre que se encontraba atrincherado tras el vehículo iba vestido de rojo, y su aspecto gordinflón y cara de buena persona causaron empatía en la bella Daisy, que le pareció reconocer en él a su padre amado, el mismo que la acurrucaba por la noches, y le traía a hurtadillas en aquel día tan señalado, una muñeca diferente cada año.

Así que quitándole el revolver al inmóvil sheriff, salió corriendo en su ayuda, disparando el arma hacia el lugar donde se ocultaban los tres cuatreros.

Doce días después, en un lugar diferente del globo terráqueo, un escuadrón de diminutos elfos atacaban a tres reyezuelos que volaban en camellos sobre el desierto de Arabia.

Un buen perfil

–Contratado. Encaja con el perfil perfectamente.

La cara de Arturo expresó una enorme satisfacción.

–Gracias, muchas gracias. ¿Dónde tengo que firmar?

Mientras estampaba su rúbrica la mente de Arturo se alejaba pensando en los regalos que podría comprar. Mónica se caería de espaldas cuando al desenvolver el paquete descubriera la famosa gargantilla de plata que tantas veces le había hecho mirar a través del escaparate. Y a su madre el colchón de plumas. De sólo pensarlo se le escapaba una sonrisa. Y sólo por unas horas de trabajo. Mónica siempre decía que en la Empresa de Trabajo Temporal no iban a encontrar nada que mereciera la pena.

–Perfecto – dijo el encargado -. Ahora baje al almacén y allí le informarán y le darán todo lo necesario.

Y con un apretón de manos dejó la puerta del despacho atrás y se dirigió al ascensor. Mientras bajaba los tres pisos que le separaban del almacén pensó que con un poco de suerte llegaría a casa a las doce y media. Le molestaba tener que tomar las sobras de la cena de Nochebuena, pero seguro que su madre le apartaría un buen trozo de cordero.

–Hola – saludó alegremente a la mujer que estaba tras la ventanilla del almacén – venía para hacer el reparto.

–Sí, claro, claro. A ver, en primer lugar aquí tienes la lista de destinatarios – y diciendo esto, la mujer le colocó una agenda electrónica encima del mostrador.

–¿Y esto? No sería mejor me lo dierais en una hoja.

La mujer miró de reojo a Arturo con desconfianza y movió lentamente la cabeza. Seguidamente se alejó hacia unas estanterías y trajo de allí una especie de cronómetro.

–Este es el distensador de paradoja temporal. – dijo mientras señalaba con el dedo el aparato -. Su uso es muy sencillo. Con el botón rojo paralizas...

–¿Perdón?! – Entre los sorprendidos ojos de Arturo empezaba a asomar un atisbo de temor.

–Tranquilo – intentó calmarle la mujer – como te decía es muy sencillo. El botón rojo permite paralizar prácticamente el flujo temporal. Su manejo es aun más sencillo que el del contenedor de espacio ilimitado.

–¿Pero que coño está diciendo? – le interrumpió Arturo totalmente alterado -. Que yo sólo tenía que hacer unos repartos antes de medianoche.

–Exactamente. En la agenda puedes comprobar cada una de las 2.275.142.054 direcciones que tendrás que visitar. Para que no tengas problemas de tiempo te recomiendo...

La mujer no tuvo tiempo de continuar ya que Arturo había dado media vuelta y se dirigía a las escaleras bufando frases entrecortadas entre las se podían distinguir expresiones como “mierda de suerte”, “putas regaderas” y algo de “meter el distensador por el...”

La mujer, con cara de circunstancias descolgó el teléfono y marcó la extensión del encargado.

–Don Manuel, ha vuelto a pasar. Ni siquiera pude enseñarle el trineo.

–Me lo temía – dijo el encargado con voz de resignación-. Llama al gordo y dile que aceptamos subirle el sueldo.

La primera y la última noche

Los cuervos levantaron la cabeza y abandonaron molestos su festín.

Landers, Floyd y Balzac caminaron lentamente hacía la pequeña cueva dejando tras ellos pequeñas huellas en la nieve teñida de sangre. A su alrededor, la fría y desierta estepa rusa presentaba una estampa macabra aquella nochebuena. Los cuerpos de todos aquellos hombres yacían esparcidos como un gran banquete para los cuervos que ahora esperaban en los árboles cercanos. Nevaba sobre los restos de la batalla, unos copos pequeños y limpios parecían querer purificar aquel lugar, pero no soplaban viento alguno ni hacía frío.

El capitán de los Cruzados Blancos –un poderoso guerrero de casi dos metros de altura enfundado en una voluminosa armadura blanca - se presentó ante ellos.

–Padre Landers, Padre Balzac, Hermana Floyd –dijo inclinando la cabeza -. Soy el hermano Petrov. Os estábamos esperando. Todo está preparado.

–Lamentamos el retraso, hermano Petrov –dijo el padre Balzac -, surgieron problemas. ¿Habéis sufrido muchas bajas, hermano?

–Tres –contestó con dolor el Cruzado -. Eran muchos y fieros, mis señores.

Los dos curas y la monja intercambiaron una mirada de consternación con el capitán de los cruzados.

–Ahora están con nuestro señor –concluyó el poderoso guerrero.

Los tres compañeros no pudieron hacer otra cosa que asentir con tristeza.

–Llévanos ante ella –dijo al fin la joven Hermana Meyrin Floyd.

El Cruzado asintió y les indicó que le siguieran.

–Hemos asegurado la zona –dijo el Cruzado al darse cuenta de que los dos curas y la monja miraban preocupados el paisaje que les rodeaba -.

Eran numerosos, y es posible que todavía algunos de ellos hayan sobrevivido. Pero estamos preparados. Podréis trabajar en paz.

–Os lo agradecemos –dijo el padre Robert Landers, nervioso ante la misión que les esperaba aquella noche.

Guiados por el Cruzado, el padre Landers y sus dos compañeros entraron en la pequeña cueva. Era estrecha y angosta, y sus paredes mismas parecían emanar un calor infernal. Los tres religiosos se percataron de los extraños signos que decoraban aquellas paredes, tal y como habían temido la situación era extraordinariamente grave. Encontraron unas pocas bifurcaciones, pero el capitán de los Cruzados les dijo que debían continuar hacía una pequeña cavidad que se encontraban en las profundidades de la cueva, ya sus hombres se estaban encargando de explorar aquel extraño “templo”. Landers, Floyd y Balzac percibieron la presencia de su enemigo antes de comenzar a oír sus extraños e ininteligibles murmullos.

Encadenada a una cruz de madera tumbada sobre el suelo. Desnuda y cubierta de estigmas profanos y otras extrañas heridas, se encontraba la mujer en cuyo interior crecía la semilla del demonio. Los tres exorcistas se detuvieron impresionados durante unos instantes al contemplar el vientre antinaturalmente hinchado de aquella mujer. Habían visto monstruosidades a lo largo de sus vidas, pero nada como aquello. El vientre era al menos tan grande como la mujer, y esta cubierto de pústulas sangrantes. Sólo los símbolos alquímicos dibujados con plata bajo la cruz habían impedido que el demonio hubiese nacido.

–Comencemos –logró decir August Balzac, el más veterano de los tres exorcistas, al tiempo que sacaba su *Rituale Romanum*.

Balzac y Landers se colocaron en los costados de la endemoniada y Floyd en su cabeza.

–*Cristo absolus...*

La mujer empezó a temblar conforme los tres religiosos comenzaban a recitar las primeras plegarias del exorcismo. Su cuerpo luchaba contra las cadenas que la ataban en un vano intento por liberarse. Los tres exorcistas continuaron recitando versos. La mujer continuaba

luchando. El vientre parecía cobrar vida propia y en su interior el demonio se revolvía. La plata bajo la cruz brillaba con más intensidad.

—*Vinci demonae...*

La mujer abrió la boca y de ella salió entonces un torrente de sangre. A través de sus ojos desorbitados el demonio miraba a los tres exorcistas que le rodeaban. Sus estigmas comenzaron a sangrar copiosamente y su vientre comenzó a moverse con mayor violencia. Los tres exorcistas continuaron leyendo. Debían apresurarse. Landers sacó de su levita un pequeño frasco y lo vació sobre el vientre. El grito de la mujer se oyó en varios kilómetros a la redonda. Los cruzados cayeron al suelo tapándose los oídos, pero los tres exorcistas continuaron en pie, recitando el Rituale Romanun mientras el agua bendita del Jordan corroía el vientre maldito.

—¡Garud telmor!—Gritó el demonio a través de la mujer a pesar de que esta se había arrancado la lengua varias semanas antes -. Vuestras almas...

Los tres exorcistas continuaron recitando.

—Ahora—ordenó Balzac a los Cruzados.

Los guerreros sagrados, sobreponiéndose con la fuerza de su fe al pavor que aquella criatura endemoniada les imponía, se acercaron a ella y la agarraron con fuerza. Consiguieron abrirle la boca.

La sangre pura debía purificar.

Landers y Balzac continuaron recitando. Floyd colocó su brazo derecho sobre la boca de la mujer poseída y después desenfundó un pequeño puñal con su mano izquierda. La virgen se clavó el puñal allí donde siempre se lo clavaba. La sangre comenzó a manar y a caer sobre la boca de la mujer.

El demonio comenzó a convulsionarse con una fuerza inhumana, pero los Cruzados lo sometieron y le obligaron a beber la sangre de la monja. Finalmente, una vez que bebió la sangre, se deshizo de todos con un violento espasmo. Las cadenas estallaron y la mujer quedó libre. Pero no se movió, permaneció sobre la cruz, atada por la alquimia y por el

propio exorcismo. La sangre continuaba manando abundantemente de su cuerpo, pero ahora era negra.

—*Et spiritu...*

La mujer endemoniada seguía balbuceando extrañas palabras mientras los tres sacerdotes continuaban su ritual. Lloraba sangre y seguía convulsionándose con fuerza, pero carecía ya de la fuerza demoníaca que la había poseído hasta entonces. El mal se había refugiado allí donde era más fuerte, en el vientre de la mujer. Landers volvió a derramar un frasco de agua bendita sobre la mujer.

El exorcismo continuó. Landers, Balzac y Floyd continuaron recitando los versículos de su libro mientras la mujer se convulsionaba moribunda a sus pies. El vientre se agitaba violentamente, y de la entrepierna de la mujer comenzó a salir un repulsivo y pestilente líquido negro. Los tres exorcistas continuaron su trabajo, el demonio había cometido un error al refugiarse tan pronto en el cuerpo del niño y estaban cerca de derrotarle.

El círculo alquímico volvió a brillar la tercera vez que Landers roció con agua sagrada el vientre endemoniado. La mujer dejó de luchar. Su cuerpo se disolvía ante el agua sagrada, pero de sus heridas ya no salía sangre. Su cuerpo ya no se movía. Floyd se arrodilló ante ella y besó sus labios muertos. El beso de una virgen pura la llevaría al cielo donde podría descansar del tormento al que el demonio la había sometido.

El vientre se convulsionó una vez más. El círculo alquímico brilló dorado mientras Balzac y Landers repetían una y otra vez la oración para expulsar aquel mal.

Ya no se movió más. Las piernas de la mujer se abrieron en un espasmo violento y de ellas brotó un torrente de agua negra y carne putrefacta. Landers se apresuró a derramar un nuevo frasco de agua del Jordan sobre aquellos restos.

Continuaron orando hasta que el agua bendita terminó de disolver los restos de aquel demonio.

Amapolas de invierno

El Director tomó la palabra con voz engolada. La reunión estaba en un momento tenso.

El móvil de Fernando vibró. «18:00 Angi» decía la pantallita.

Se volvió hacia Oswaldo, su ayudante.

—Tengo que salir un momento. ¡No dejes que se cabrón nos joda!

—Mami, ¿tu crees que papa se acordará esta vez? —preguntó Angélica con una mezcla de temor y esperanza.

Susana miró a su hija con cariño infinito.

—Claro que sí cariño, seguro que está vez, sí que viene.

—Si no os hubierais separado no se olvidaría tantas veces de mi.

Susana acusó el golpe pero no dijo nada. Si ese cabrón de Fernando no fuera un adicto al trabajo, todavía serían una familia. A Angi le había afectado mucho la separación. «Gracias a Dios por la gimnasia» suspiró Susana. No es que Angélica tuviera grandes aptitudes pero había encontrada buenas amigas y retos que la llenaban de ilusión. Lo cierto es que le sobraban algunos kilos, bastantes en realidad; pero a Susana le importaba poco si los chasés, los cosacos o los promenades salían regular. La alegría de Angi era más que suficiente. ¡Incluso ganó una medalla en el último torneo!. ¡Y Fernando se lo perdió! . ¡El Director le había invitado a jugar al golf!

Angélica ve a Fernando tan pronto como este se tira del taxi.

—¡Papá, papá! ¡Por fin has venido! ¡Me tienes que ver haciendo el promenade! ¡La entrenadora dice que he mejorado muchísimo! Es muy muy difícil pero ya subo mucho la pierna.

—Claro que sí, cariño. ¿Cómo me lo iba a perder?

—Equipo alevín preparado— gruñeron los altavoces.

—Me tengo que ir papa, es importantísimo no retrasarse —dijo la niña con una seriedad que sorprendió a Fernando.

En ese momento se fijó por primera vez en su ex y el estomago se le volvió del revés. Estaba guapísima y Fernando no pudo evitar recordarla con menos ropa. «¿Qué hice mal?» se preguntó.

—Venga —le apremió Susana—. Vamos a las gradas que saldrán en cualquier momento.

Se estaban instalando en sus asientos cuando vibró el móvil.

—Perdona, vuelvo enseguida— dijo Fernando, saliendo al pasillo.

—¡Sólo dura tres minutos! —le advirtió Susana, desesperada. Por un momento se había hecho la ilusión de que esto le importaba.

Pero Fernando ya estaba atendiendo la llamada de Oswaldo, que había abandonado un instante la reunión.

—¡Ni hablar! —estalló de pronto—. No cedas en eso en absoluto. El centro de investigación de Alcorcón es nuestro, fue nuestro proyecto y ese soplapollos no va a quitármelo.

—Actúa equipo alevín —gruñó de nuevo el altavoz.

Por el rabillo del ojo Fernando vio a Susana señalando hacia la cancha. Miró en aquella dirección. Hasta ahora no se había percatado de lo bonito que estaba el gimnasio, todo lleno de adornos navideños, con un gigantesco «Felices Fiestas» en la pared del fondo. De las barandillas colgaban enormes muñecos de Papa Noel. Por un momento se sintió traspasado a otra época.

—¿Cómo que dices? —Retomó la conversación.— ¿Que nos adjudican la delegación de Francia a cambio Alcorcón? ¡Que mal me suena eso!

La vista de Fernando volvió a la cancha. Vio a cinco retacos pisar con fuerza el tapiz y salir en fila, erguidas y pizpiretas, cada una con su pelota roja. Centenares de lentejuelas refulgían bajo los focos. Angélica iba en el medio y a Fernando le pareció más alta y delgada.

—¿Cómo que las filiales subsidiarias de la central internacional estarían bajo control de la oficina matriz regional? ¿Qué coño? ¿Nos dan Francia o no nos la dan?

Las cinco niñas tomaron posición en el centro del tapiz haciendo un corro con los brazos elevados, sosteniendo las pelotas como una corona. Sonó un breve pitido y comenzó una musiquilla pegadiza y familiar.

«Pero mira como beeben los peces en el riiio, pero mira como beeben, por ver al Dios nacido»

El verso estalló en la memoria de Fernando desencadenando ráfagas de recuerdos borrosos. Las niñas deshicieron el corro, botando despacio las pelotas mientras caminaban hacia atrás, siguiendo el ritmo pausado de la música.

«Beeben y beeben y vuelven a beber»

El villancico se aceleró, las niñas giraron y, con la pelota en las manos, dieron un espléndido salto, abriendo mucho las piernas. Fernando se quedó boquiabierto. Nunca había imaginado a su hija, con su obesidad incipiente, haciendo algo parecido. Perdió el hilo de la conversación.

«La Virgen se está lavaando»

Las niñas aterrizaron sobre el tapiz con la suavidad de ángeles, giraron otra vez... volaron las pelotas... las chiquillas rodaron por el suelo, en un torbellino de lentejuelas y se incorporaron en el punto exacto donde caían las pelotas.

«Los pajaritos cantaaando»

A Fernando toda la maniobra le pareció milagrosa.

—¿Fernando, estás ahí?. Se ha debido cruzar otra llamada: estoy escuchando un villancico.

«El romero florecieeendo»

Terminó la estrofa y volvió el estribillo, con su soniquete, lento, rápido, lento, mientras las gimnastas giraban sobre una pierna, como las bailarinas de una caja de música. Una mano sujetaba la pierna alzada y la otra botaba la pelota.

«Eso debe ser el promenade» pensó Fernando.

Con la lentitud de una pluma cayendo, deslizaron la pierna hasta el suelo, sin esfuerzo aparente, flexionaron el torso, dejando que las pelotas rebotaran en sus pechos.

«La Virgen se está peinaaando»

Las capturaron con un ademan delicado, como amapolas de invierno.
«Los cabellos son de oooro»

Mientras el estribillo volvía por tercera vez, tiii ti ti tiii tiro riro riro raaaaaa, las niñas se arremolinaron en el centro del tapiz, formando una figura que a Fernando le recordó un ave dispuesta a emprender el vuelo.

«Beeben y beeben y vuelven a beber, por ver a Dios Nacer»

Las niñas quedaron inmóviles. La música cesó. El tiempo quedó congelado por un instante.

Luego todo el público prorrumpió en aplausos. Fernando batía palmas como un poseso, con tanto ímpetu que el móvil fue a tomar por culo.

—¡Es magnífica! —estalló—. ¡Maravillosa! ¡Una triunfadora!

Susana lo miró de arriba abajo.

—Sólo es una niña que está en el cielo porque, por fin, su papá ha venido a verla. Nos ha dado todo lo que tiene y todo lo que siente. Hoy ha volado, aunque solo nosotros lo hayamos visto.

Fernando recogió el móvil enmudecido. Susana advirtió, entre sorprendida y curiosa, que se lo guardaba en el bolsillo.

—¡Papá! ¡Papa! ¿Me has visto? Lo he hecho bien ¿verdad? A que sí... a que sí...

—Has estado maravillosa cariño. Ahora mismo se lo voy a contar a todos los de la oficina y este fin de semana te compraré lo que quieras de regalo y te llevaré a comer a Mcdonalds.

Angélica dio un paso atrás y miró a su padre, conteniendo las lágrimas.

—¿Te vas a la oficina? ¿No nos invitas al McDonalds ahora?

Susana se agachó junto a su hija.

—No puede ser cariño, a papá le encantaría pero tiene mucho trabajo. Ha hecho un esfuerzo muy grande para venir a verte.

A Susana le dolía en el corazón cada palabra, pero desde la separación había luchado para que su hija no perdiera el cariño por su padre, sin importarle nada más.

Fernando sintió un nudo en la garganta y recordó la reunión, Alcorcón, las filiales y la madre que los parió a todos. El móvil vibró en su bolsillo, era el mismísimo Director.

—¡Fernando! ¿Dónde cojones estás?. Regresa inmediatamente a la reunión.

—Lo siento señor Director, pero me voy al McDonalds con mi familia.

—Pero ¿qué te crees? ¿Qué esto es un puto cuento de Navidad?

Sabrosa Cena

25 de diciembre, Navidad. Laura despertó con el alba, se incorporó y se quedó unos segundos en silencio. Todo estaba en calma a estas horas y por eso le encantaba levantarse tan pronto. Se aseó rápidamente porque hoy tenía varias cosas que hacer. Una vez vestida, Laura se dirigió al salón, donde se tomó un pobre desayuno a base de galletas rancias, pues el café y la leche hacía tiempo que se había acabado. Mientras ingería esas galletas, observó el salón, ya que el día anterior lo estuvieron decorando, con guirnaldas y adornos varios que aún guardaban de años anteriores. Detuvo su mirada en el pino que hacía de árbol de Navidad, la verdad es que era un pino un poco raquítico, pero eso daba igual porque se habían divertido mientras lo adornaban dejando a un lado sus penas y problemas durante un par de horas.

—Buenos días, y ¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad, mamá —dijo Laura saliendo de su ensimismamiento.

—Vaya. Hoy no has dejado ni que te prepare el desayuno —comentó Rocío, la madre de Laura, mientras observaba las galletas que estaba comiendo—. ¿Vas a algún lado?

—Si. Voy a salir un rato —contestó Laura con aire sonriente—. ¿Puedes coger tú el Agua? Yo traeré la comida.

—Si, yo me encargo del agua. No te preocupes —dijo Rocío mientras veía como su hija recogía sus cosas para marcharse—. Ten mucho cuidado.

—No te preocupes, mamá. Hoy es Navidad, el Ejercito Sublevado no atacará —aseguró Laura mientras daba un beso en la mejilla a su madre—. Hasta luego.

Salio a la calle haciendo caso omiso a las últimas palabras de su madre y pisó la fría nieve con sus botas desgastadas. Había estado nevando copiosamente durante toda la noche, lo que habría dejado una estampa totalmente navideña si no fuera porque los edificios de los alrededores

estaban total o parcialmente derruidos por los bombazos recibidos. Hoy no se oían disparos, lo que significaba que había una tregua gracias a la Navidad. ¡Qué hermosa era la Navidad! Laura comenzó a caminar alegremente evitando el centro de la ciudad, pues era allí donde los camiones del ejército hacían el reparto diario de agua potable para la población.

El país estaba en medio de una guerra civil y el Ejército Sublevado había sitiado la ciudad de Laura, produciendo una complicada situación para sus habitantes. Aunque el invasor solo atacaba a objetivos militares, de vez en cuando se les escapaba alguna bomba hacia objetivos civiles. Desde hacía más de un mes, los habitantes no tenían acceso a agua potable, porque los bombardeos habían alcanzado a la única depuradora de agua disponible. Además, habría que añadir, que en tiempos de guerra era mucho más difícil encontrar alimentos, y más en una ciudad sitiada.

Como aún era pronto, Laura decidió ir primero a visitar a la señora María Luisa pues le había hecho un encargo hace un mes y le hacía mucha ilusión recogerlo cuanto antes. Estaba segura de que la sorpresa les iba a gustar mucho a sus padres y a su hermano, pero también sabía que si les hubiese comentado algo la hubieran intentado disuadir. Llevada por estos pensamientos, Laura llegó a la casa de María Luisa, Llamó a la puerta con los nudillos y esperó impaciente a que le abriesen.

Tras una breve conversación y todos sus ahorros, Laura logró lo que quería. Había apalabrado hace un mes comprarle una gallina a María Luisa, la cual le había conseguido una que ya estaba vieja, pero una gallina al fin y al cabo. Mientras paseaba con su gallina bajo el brazo, iba observando a la gente por las calles, como hoy se podía salir con relativa tranquilidad, había más personas que las que habitualmente se pueden ver, y la gran mayoría estaba con adornos de Navidad, árboles de Navidad, y muchas cosas más que eran típicas de estas fiestas. La ciudad respiraba una tranquilidad y una alegría que durante mucho tiempo le fue negada.

Finalmente, Laura llegó a su casa y les dio la sorpresa a sus padres y a su hermano. ¡Hoy tendrían una buena cena de Navidad! La gallina en la cocina muy temprano se comenzó a cocer y les llegó el bendito olor de una buena gallina, pues aunque al principio era dura, se fue ablandando poco a poco dejando entre ver que sería la más sabrosa de las comidas que últimamente se habrían llevado a la boca.

La hora de la cena se estaba acercando y mientras que el aroma de la gallina invadía la sala, Laura y su hermano Fran iban poniendo la mesa, iban situándolo todo para que fuese una gran cena. Llego la esperada hora de hincarle el diente a la gallina, todo estaba preparado para comenzar. Fran con los cubiertos en la mano, el padre de Laura colocándose la servilleta en el regazo, Laura poniendo unas patatas asadas en la mesa y Rocío trayendo la maravillosa cena a los ansiosos comensales.

Dando las gracias a su hija por tan maravilloso regalo de Navidad, Raúl, padre de Laura, Inició la repartición de tan esperada cena, sin embargo, oyeron el sonido de los aviones al aproximarse. Todos se detuvieron y mirándose asombrados a la vez que un poco asustados todos pensaron la misma frase: “*¡No es posible, es Navidad!*”. Pero si era posible, y las sirenas anunciaron a la gente que debía buscar un refugio.

—Cenar —dijo Raúl—. Serán los nuestros, que por algo es Navidad.

El sonido de las bombas mezclándose con las sirenas confirmó la tragedia, la ciudad estaba siendo bombardeada. Dejando la gallina en la mesa, la familia tubo que correr a refugiarse, y la verdad es que les daba una pena el abandonar aquella grandiosa cena que ya estaba cocidita, blandita, como manteca. ¡Con el hambre que tenían!

Una vez a salvo, en el sótano. Ninguno podía dejar de pensar en que su cena estaba arriba, sola, sin nadie que se la lleve a la boca, sin ningunos

dientes que probasen su tierna textura, sin ninguna lengua que saboreara su agradable sabor. Los minutos pasaban en la noche siendo eternos, sin poder pensar en otra cosa que en su cena. Ella arriba, ellos abajo, pasando frío y hambre, estando asustados por el ensordecedor sonido de las bombas al impactar en su objetivo.

Dos largas horas pasó la familia en el sótano, dos eternas horas de bombardeo que parecían no tener final, pero al final las bombas callaron. La familia subió despacito pero contenta, sabían que esa noche había una buena cena esperándoles encima de la mesa.

Por fin se sentaron alrededor de la gallina y al fin pudieron disfrutar de su cena. La gallina estaba helada, ¡Pero estaba tan buena! La familia comió, cantaron villancicos y disfrutaron una noche, como si la guerra que se desarrollaba a su alrededor ya no existiera. Pero aún así, les pesaba que el ejército enemigo, tan religioso que era, no hubiera respetado la Navidad.

Regalo de Navidad

Aquella nochebuena, Jenny se sentía especialmente feliz. Ya había cumplido catorce años, y por primera vez le permitirían pasar toda la nochevieja en el baile especial que todos los años se celebraba en el prestigioso club Exeter. Y Paul estaría allí. El chico más guapo de quinto, tenía quince años, y todas las chicas suspiraban por sus huesos. Tenía unos preciosos ojos azules y una sonrisa perfecta que iluminaba los pasillos cuando caminaba por el instituto. Hacía poco había dejado a Allison y eso había hecho que la pequeña Jenny tuviese esperanzas.

—Es taaan guapo —le contaba a su madre, con una dulce mirada soñadora. La señora Scott asentía y sonreía.

Jenny ya tenía el vestido, de color verde, con un fantástico corpiño forrado de satén brillante y falda de terciopelo suave como la caricia del sol en un día de primavera. Los zapatos que llevaría eran de tacón alto, y la señora Scott la había prometido que la ayudaría a maquillarse, y era toda una experta. Jenny estaba emocionada; no dejaba de pensar en la fantástica noche que la esperaba. El señor Scott se había negado en un principio a que su pequeña asistiera al baile del club Exeter, pero gracias a la intercesión de la señora Scott, finalmente había accedido. Esta opinaba que Jenny ya tenía edad para comenzar a portarse como la señorita en que se estaba convirtiendo.

Así que la chica pasó una noche feliz cenando con su familia. Los señores Scott siempre celebraban la navidad con mucho entusiasmo. Como todos los años, tras la cena se sentaron junto a la chimenea a contar viejas historias y cantar villancicos. Patty, la hermana pequeña de Jenny, bailaba alegremente y daba brincos por el salón, haciendo que todos rieran divertidos.

—Niñas, ya es hora de que os acostéis. Recordad que esta noche nos visita Santa Claus —dijo el señor Scott guiñándoles un ojo.

Tras colgar los calcetines junto a la chimenea, Patty besó a sus padres y les deseó buenas noches. Jenny hizo lo mismo.

—Gracias por permitirme ir al baile en el club —dijo con una preciosa sonrisa de felicidad—. Es muy importante para mí.

—Buenas noches, Jenny —le dijeron satisfechos.

—Buenas noches.

Una vez su cuarto, Jenny se puso el camisón, y tras rezar sus oraciones se metió en la cama. Había pasado una nochebuena muy alegre con su familia, y la hacía muy dichosa poder asistir al baile. Allí estaría Paul, y estaba segura de que se fijaría en ella. Llevaría un traje azul que sin duda le sentaría de maravilla, y se acercaría a ella con su bonita sonrisa para pedirle un baile. Ella aceptaría tímidamente y entonces se olvidaría del resto del universo. Él la sujetaría firmemente entre sus brazos, y mirándola con ternura acercaría su rostro al de ella hasta besarla delicadamente en los labios. Jenny se sonrojaba solo de pensarlo. Seguramente aquello no sucedería, pero le gustaba tanto soñar despierta... Y desde hacía días no podía pensar en otra cosa. Paul era guapo y estaría en el baile. Paul con su traje azul. Paul bailarían con ella. Paul. Paul. Paul.

En ese momento, Jenny escuchó un ruido. Sus padres no podían ser, pues hacía rato que se habían acostado. Observó temerosa la puerta entornada de su cuarto y, conteniendo la respiración, vio como se abría muy lentamente. Alguien entró en la habitación y cerró la puerta. Jenny se quedó paralizada, no podía moverse ni gritar. Se encendió la luz; ante ella apareció un hombre.

—No te haré daño —dijo.

Tenía una voz que inspiraba confianza y la chica logró relajarse. Iba vestido de rojo de pies a cabeza. Llevaba un espléndido traje carmesí impecablemente planchado. La camisa blanca estaba adornada por una llamativa corbata de seda roja. El toque informal lo ponían unas botas altas terminadas en punta, de un rojo increíblemente brillante. Su porte era apuesto, y su seguridad inspiraba respeto y confianza. Tenía el pelo

perfectamente peinado y bajo sus expresivas cejas había unos risueños ojos azules como el cielo, idénticos a los ojos de Paul. Era un hombre muy guapo.

—¿No me reconoces? —preguntó el extraño.

—¿Paul? —musitó insegura. No podía ser. Este era un hombre maduro. Jenny reparó entonces en que su fuerte mandíbula estaba adornada por una barba muy corta y bien arreglada, totalmente blanca.

—¿Santa Claus? —exclamó dudando.

—Así es —respondió exhibiendo una radiante sonrisa llena de dientes blancos. Santa Claus era un hombre apuesto y elegante, y terriblemente atractivo. Se sentó en el borde de la cama y le tomó la mano.

—Aquí tienes tu regalo de navidad —susurró.

El hombre se acercó lentamente y depositó un dulce beso en la mejilla de la chica, que se ruborizó al instante. El segundo beso fue en los labios. Jenny estaba extasiada, ya que nunca había sido besada por un chico. Además, Santa Claus no era un chico sino un hombre. Se sintió acalorada, pero no se apartó, pues era una sensación agradable notar los labios del hombre deslizándose suavemente sobre los suyos, y sentir cómo su lengua se abría camino hasta tocar la de Jenny, que se dejó llevar, maravillada. Tras el largo beso, Santa Claus deslizó los labios por su barbilla hasta llegar a su cuello, y lo cubrió de ardorosos besos y apasionados mordiscos. Jenny se abandonó por completo.

El día de Navidad, Jenny se despertó mareada. «Cuando estés preparada, ven a buscarme», era lo único que recordaba del extraño sueño que había tenido. La señora Scott le puso el termómetro y decidió que sería mejor que se quedara en la cama. Sus padres y Patty le llevaron a su cuarto los regalos. Los patines nuevos eran fantásticos y el maletín de maquillaje lo estrenaría para la fiesta del club.

Al caer la tarde se sentía mucho mejor. Estaba a punto de levantarse cuando la señora Scott entró en su cuarto.

—Jenny, ¿te encuentras mejor? —dijo con una sonrisa de complicidad—. Tu amigo Paul ha venido a verte.

—Oh, mamá, dile que no tardaré. Me arreglaré y saldré a dar una vuelta con él —miró a su madre, dubitativa—. ¿Puedo?

—Claro que sí, querida. Pero vuelve pronto, que en seguida oscurecerá.

Salió con Paul a dar un paseo por el parque. Estaba emocionada, pues el chico más guapo de quinto se había fijado en ella. Estaba segura de que le gustaba.

—La señora Scott me ha dicho que no te encontrabas bien —comentó el chico—. Es una lata estar enfermo en vacaciones.

—Ya me encuentro mejor —dijo Jenny sonriendo.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Paul señalándola. Jenny se llevó la mano al cuello y notó las dos pequeñas marcas que habían aparecido durante la noche.

Él esperaba su respuesta mientras la miraba fijamente con sus bonitos ojos azules. Su mirada despertó en Jenny un deseo, algo que había sentido no hacía mucho tiempo. Quería besarlo con un ansia que no pudo resistir, y así lo hizo, sin darle al chico tiempo de reaccionar. Paul le devolvió un beso largo y cálido, y Jenny deslizó los labios por su barbilla hasta llegar a su cuello. Dejó que su boca la guiara y no se contuvo. Besó, mordió y chupó con una fuerza sobrehumana. El grito de Paul se convirtió en un gorgoteo cuando Jenny le desgarró la tráquea con los colmillos y bajo la luz de la luna se sació con la espesa sangre del chico más guapo de quinto.

—Estoy preparada —susurró, y fue en busca de Santa Claus.

El arbolito de navidad

Las luces del árbol resplandecen con sus colores brillantes, parpadeando entre el espumillón. En una serie de salvas sucesivas, llenan la habitación con luz de tonos rubíes, esmeraldas y ambarinos que, aunque se saben inferiores a los del arco iris, demuestran en aquel momento lo que valen. Decenas de bombillitas haciendo que un niño muestre un gesto extasiado en su rostro. Centenares de destellos, a cuál más hermoso, que se esparcen a su alrededor, quemándole y al mismo tiempo haciéndole dichoso, transportándole...

Se había sentido solo, apartado del bosque hasta el momento de verle. Congestionado, rojo por la emoción, tirando de la camisa de su padre, preguntándole qué es, por qué está allí y si puede tocarlo. Con las respuestas, él también había obtenido las suyas propias. Y ya no se había sentido tan solo. Supo que era importante y que era el centro de atención de todos. Tanto, que iban a hacer una fiesta en su honor y le iban a engalanar para la ocasión, aunque eso sería al día siguiente. Ya se había hecho tarde y el niño tenía que irse a dormir.

Él también había dormido y soñado los antiguos sueños de la madera. Había soñado con el alto bosque de pinos en el que él tendría que haberse convertido en un gigante. Había soñado con el viento, con las piñas, con los diminutos piñones y con aquel pequeño pájaro que una vez estuvo a punto de construir un nido entre sus ramas, pero que no lo hizo y ya nunca lo hará... ¿había sido hacía mucho o poco? Nada importaba ya y, aunque debería haberse despertado gritando, las luces del amanecer le encontraron mudo, esperando sólo la fiesta para la que tenía que ser tan importante, en la que él sería el invitado principal, arrastrado por la contagiosa alegría del niño, capaz de apartar las preocupaciones y los recuerdos de un solo plumazo.

Y el niño de rostro congestionado por la emoción había llegado hasta él y le había sondeado con sus manitas sonrosadas, mientras sus padres

dejaban en el suelo dos cajas enormes. Le habían dicho que esperase, que había que hacerlo con cuidado para no hacerle daño. Él asintió, agradecido, con un susurro entre sus agujas, y comenzaron a vestirle, en sucesivas capas, cada una más brillante y maravillosa que la anterior. Le habían puesto joyas y adornos, medallas multicolores que reflejaban la cara sonriente del pequeño y, al final del todo, un sombrero a juego. Ya estaba listo, preparado para lo que tuviera que ser. Sería el alma de la fiesta de esa noche. Lo sabía y sonreía.

Pasaron las horas, como en otro sueño, y entonces se encendieron las luces y le rodeó el magnífico espectáculo multicolor, junto con las risas y los aplausos del pequeño y sus susurros de admiración.

Un instante en el bosque y al siguiente allí, marchitándose con cada segundo, sólo alimentado por los restos de humedad de una maceta y sin apenas recordar quién es... quién era, dejando que la lenta muerte de las raíces y las ramas le reclame. Un árbol o una simple rama desgajada, ¿acaso importa ya? Sólo por ver el rostro de aquel niño, su emoción, vale la pena su corta existencia, la corta existencia que eligieron por él. Muere, pero feliz por la alegría que ha llevado, por el momento de felicidad que aquel ángel, y no el que le corona, nunca olvidará.

Muere...

Nunca sabrá la fortuna que tiene al hacerlo, sin conocer a los que le antecedieron, uno cada año, y que acabaron como acabará él: pudriéndose, olvidados por todos, en el cubo de la basura.

Pero el pequeño árbol no lo supo.

Y murió feliz.

Navidad

¡Navidad! De nuevo se acerca la fecha... En estos días siempre tengo trabajo... Demasiado trabajo.

No es que me guste demasiado trabajar, pero por lo menos así tengo dinero.

Después de trabajar todo el año como botarga, a veces es un alivio simplemente ponerme un traje de Santa... Así al menos no muero de calor, parado en pleno rayo de sol.

Claro, hay que saber en qué lugar ponerse, pues las calles y los centros comerciales están abarrotados de Santas. Pero para eso me las arreglo.

Yo me pregunto, ¿porqué en esos días tan ajetreados está la gente tan feliz?

Por supuesto, las vacaciones, el aguinaldo... Si yo recibiera aguinaldo y vacaciones...

¿Por qué no viene Santa Claus, el Santa de verdad, y me regala un poco de tranquilidad en estas fechas? Unas vacaciones, un poco de dinero, una familia.

Desde aquel accidente en el que perdí mi familia siento que mi vida está un poco vacía. La vida no tiene ningún significado. Mucho menos la Navidad.

N A V I D A D... ¿Qué es la Navidad? Nada realmente, solo un pretexto para dar y recibir regalos, hacer fiestas y faltar al trabajo.

Qué vacío y solo me siento cuando se sienta ilusionado un niño en mis rodillas y me pide que le traiga este o aquel juguete. Jo jo jo! ¿Te has portado bien?

¿Acaso yo me porté mal? ¿Por qué nunca recibo un regalo de navidad? O es acaso mi regalo el ver a los niños sonreír, con esa felicidad que no podré tener yo.

El hombre terminó de ajustarse la larga barba blanca y el gorro rojo con una borla blanca en la punta, se limpió una lágrima que asomaba por su lagrimal izquierdo y se dirigió hacia su trineo.

Navidades con prescripción médica

La sala de espera estaba vacía. Pero eso no era raro en un día como aquel, lo raro era que el doctor estuviera ocupado con otro paciente. En la habitación no había más que cuatro sofás viejos pero confortables y una mesa sobre la que descansaban media docena de revistas de cotilleos. Y ni un adorno navideño. Ni siquiera uno de esos belenes pequeñitos de tres piezas que no ocupan nada. En fin, otras navidades enfermo, hay que joderse, ya iban tres.

— ¡Pase!

Al fin mi turno. Vaya, la viejecita de todos los años. Pobre, yo creo que viene aquí más que nada para no estar sola en un día como este. Lo peor es que siempre llega antes que yo. Un breve saludo cada año era todo el contacto que teníamos. Me daba pena, quizás al año que viene podría invitarla a la comida de Navidad con mi familia. Jeje... Al menos no he perdido el sentido del humor, con mi suegra y mi madre ya voy servido, gracias.

— ¡Pase! – la voz esta vez era más insistente. Al parecer alguien quería irse a casa.

— Ya voy, ya

La consulta era bastante más grande que la sala de espera y estaba repleta de libros médicos y de aparatos siniestros, en teoría para curar, que yo esperaba que nunca tuviera que usar mi amigo el médico conmigo. Siempre he tenido la teoría de que todos los médicos son unos sádicos pero este al menos era cuanto menos, simpático.

— ¿Otra vez usted? Joder, que es Noche Buena. Todos los años lo mismo - bueno, quizás no tan simpático.

— Compréndalo doctor, yo creo que esta época del año me baja las defensas y me mata los glóbulos y las plaquetas y todas esas cosas. - Admito que mi conocimiento del cuerpo humano no es extenso, pero mi campo es la contabilidad.

— Déjese de glóbulos y plaquetas y dígame lo que le pasa, a ver si este año hay suerte.

— Pues verá, desde hace una semana más o menos, he empezado a sentirme mal. En el curro aun aguanto, pero es salir a la calle y me pongo malo. He empezado a ir y volver al trabajo en coche porque parece que dentro estoy algo mejor, pero al llegar a casa la cosa empeora: Empiezo a moquear y a toser cosa mala. A veces hasta me da fiebre. Y en la cama estoy peor. No puedo dormir a causa de las toses...

— ¿Son toses con expectoración?

— ¿Cómo?

— Que si echa flemas con las toses.

— Ah, a veces.

— Pero, vamos a ver. Cada año me cuenta una historia parecida y yo le hago mi análisis y siempre está sanísimo. Está usted hecho un toro y sin embargo me viene contando estas historias.

— Ya le he dicho que en la consulta me siento mejor.

— Vamos a ver si nos aclaramos.- El médico suspiró antes de continuar.- Usted está muy enfermo.

— Mucho.

— Pero cuando está aquí, se cura milagrosamente.

— Exactamente, yo creo que deben de ser los antibióticos y esas cosas que están flotando en el ambiente.

— Venga, no me joda. Me voy a mi casa. Además, si venir aquí le cura, ya he hecho mi trabajo. Así que buenas noches.- Acto seguido empezó a recoger su ordenador portátil y a guardarse unos papeles.

— El problema es que en cuanto salgo de aquí me pongo malo. Mire, haremos una cosa ya que usted se va. Acompañeme a la calle y allí se lo demuestro y de paso me ausculta o lo que determine adecuado.

— Está bien, está bien - dijo el médico resoplando - A ver si así me libro de usted al año que viene.

En silencio, recogimos cada uno nuestras cosas y salimos a la calle. Era ya tarde, las nueve de la tarde más o menos. En esta época del año se hacía de noche pronto pero las luces navideñas hacían que todo estuviera más iluminado que en otras épocas del año. Aunque la temperatura era baja, se aguantaba bien. De pronto, allí estaba, el maldito picor de ojos... El médico pareció no darse cuenta de que la enfermedad estaba arceciando, pero pronto tendría que admitir que no era un simple hipocondríaco con ganas de molestar. Pasamos junto a una tienda en la que había un tipo vestido de Papá Noël repartiendo panfletos de no sé que oferta que poco tenía que ver con regalar nada. Tras ojearlo un poco empecé a toser fuertemente. El maldito matasanos empezaba a darse cuenta de que no mentía.

— ¿Está usted bien?

— Ya le dije arriba en la consulta que no.

— Vale, parece que tiene razón. Pero me parece muy raro que nada le entre tos - solo le faltó añadir ¡farsante!

En ese momento cruzamos una esquina con tan mala suerte que choqué contra un árbol de navidad. Al parecer unos tipos lo estaban robando con adornos y todo porque me arrollaron y siguieron corriendo calle abajo sin mediar palabra. Y allí me quedé, en el suelo, moqueando, tosiendo, estornudando, llorando... y hasta creo que me entró fiebre de repente.

Me desperté en la sala de espera de la consulta de mi médico, el simpático. Al parecer me subió otra vez arriba y me tumbó en uno de los sofás. Jamás hubiera pensado que los sofás de las consultas de los médicos fueran sofás-camas. Prefiero no saber el porqué. Supongo que cuando un hombre casi muere ahogado con el contenido de su propia nariz crece en

credibilidad porque el médico parecía mucho más motivado a la hora de tratarme.

— Este paseo ha sido sin duda revelador. Al parecer los síntomas de los que me ha hablado son ciertos...

— Ya le dije que estaba enfermo.

— ...sin embargo no está enfermo.

— ¿Cómo que no?

— Lo que usted tiene es alergia. Los síntomas son claros así que le he administrado unos antihistamínicos pero han tardado lo suyo en reaccionar. También le he hecho las pruebas de la alergia y no he podido determinar el origen de su causa. También es una época rara para tener alergia.

— ¿Y qué podemos hacer?

— Bueno, he bajado a la tienda de abajo y he comprado un muñeco navideño.

— Ya veo que se preocupa por mí.

— Verá, tengo una teoría... y voy a demostrarla.

Acto seguido, me puso el muñeco en la cara y noté como la fiebre volvía a la carga, acompañada de su séquito de mocos, toses y estornudos.

— Tal y como pensaba.

— ¿Tal y como pensaba qué? – articulé tratando de no ahogarme.

— Por estúpido que pueda parecerle, la cosa está clara, es usted alérgico a la navidad.

— Pero eso es imposible. Es más, es estúpido como bien ha dicho. No tiene ninguna base científica.

— Tal vez, pero tiene una base práctica ya lo ha visto. Seguro que las galas de televisión hacen que se le salten los lagrimones, los polvorones hacen que se le inflame la tráquea y los regalos le producen picores en las manos al abrirlos.

— Sí, pero nunca se me hubiera ocurrido pensar...

— A nadie, pero es lo que hay. Verá, su alergia es además de inusitadamente rara, inusitadamente fuerte. No se puede controlar así como así. Yo le recomiendo que pase esta época alejado de todo lo navideño.

Y por eso paso mis vacaciones de navidad solo, en esta habitación de hotel barato de Riad, capital de Arabia Saudí. Y ahora, si me disculpas, me ha entrado dolor de cabeza al hablar del asunto. Creo que me empieza a subir la fiebre otra vez...

Luces de Navidad

Cerró la puerta tras de sí y tropezó con la pila de tarjetas de felicitación navideñas que se habían amontonado justo por debajo del buzón. Sí, las fiestas y la obligada alegría se acercaban. En su eficiente, ambiciosa y programada vida, no existían aquellos términos.

Regresaba después de cerrar una adquisición para su empresa, en el otro extremo del mundo. Trabajaba para una multinacional, que a su vez alquilaba sus servicios a diversos clientes de todo el globo. Dedicación en exclusiva, una excelente paga, porcentajes de las operaciones, más una participación de los beneficios que produjeran las empresas absorbidas. Automóvil europeo de gran cilindrada que cambiaba cada seis meses por uno nuevo.

Dejó la maleta junto al sofá mientras leía los remites. No se relacionaba con la mayoría de las personas que le escribían. A decir verdad, no se relacionaba con nadie. Pero ellos seguían enviando sus estúpidos tarjetones, adornados con hojitas de acebo y gordinflones barbudos vestidos de rojo.

Incluso había uno de su hermano. Howard. ¿Por qué habían dejado de hablarse? Suponía que debió de ser después de la muerte de su padre. Vivir a dos mil kilómetros el uno del otro tampoco había ayudado mucho. Así que, las llamadas fueron espaciándose, no recordaba la última vez que había escuchado su voz. ¿Dos años? ¿Quizás tres?

Colgó el porta-trajes en la barra del armario bajo la escalera y, descalzándose, se dirigió a su sillón frente al gran televisor. Pulsó el botón de encendido en el control remoto. Fue pasando los canales, ya sentado, hasta que encontró su favorito, el de noticias las veinticuatro horas.

Había un nuevo terremoto en Asia menor. Un gran huracán, amenazaba a los países caribeños. Un petrolero había vertido su carga a dos millas de la costa de una nación europea, con el consiguiente desastre ecológico. Pero ningún reportaje interesante relacionado con su último trabajo. Estaban mencionando la cotización en la bolsa de su empresa,

cuando la imagen desapareció, se fue. La pantalla se había quedado con niebla. Apretó los números de goma repetidas veces. Nada.

Fastidiado y ansioso por conocer a cuánto cotizaba la nueva división que acababa de firmar, encendió el ordenador, con el ánimo de obtener aquellos datos de Internet. Luego de escuchar una estúpida melodía, abrió el buscador con impaciencia. Tamborileó los dedos sobre la mesa, pero la máquina no encontraba la conexión. Apagó el mecanismo y probó, poniéndolo en funcionamiento de nuevo. El artefacto del demonio, la red de redes, se había caído por completo.

Necesitaba saber aquellas cifras. Lo más rápido posible, así podría tomar decisiones. La radio, cogió otro accesorio y conectó una cadena de alta fidelidad. Accionó el selector hasta que apareció *radio* en la entrada. La primera emisora que tenía memorizada no se escuchó. Pasó a la siguiente, ocurriendo lo mismo, ruido de interferencias, como si la estación no estuviese bien sintonizada. En las demás obtuvo semejantes resultados. Ruido. ¿Cómo podía ser?

Palpó el bolsillo del pantalón y extrajo un teléfono celular de última generación. Marcó el número de su despacho. Su secretaria estaría tomando buena nota. Un sonido estridente le martilleó el oído. La pantalla del aparato le indicaba que no contaba con cobertura. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? La televisión, Internet, la radio, el móvil...

Fue corriendo hacia el piso superior, la terraza, probaría desde allí. Por el camino, se paró ante el aparador del descansillo de la escalera, sobre el que le desafiaba una terminal de teléfono. Descolgó el aparato, de diseño. Se acercó el auricular a la oreja y, casi sin aliento, suspiró.

No había señal. No sonaba el típico tono.

Continuó subiendo hacia el primer piso, su habitación. Se preguntó por qué seguía viviendo en aquella casa, grande, demasiado para él solo y fría. Al igual que su propietario.

Empujó la puerta del dormitorio. La señora Lichfield, la asistente, le había dejado una nota sobre la cama. ¡Maldita sentimental! ¿Por qué no se limitaba a coger el dinero que le dejaba a la entrada? El escrito contendría una felicitación más.

Pulsó el cierre que liberaba la doble hoja que daba paso a la terraza. Ocupaba la mitad superior de la vivienda. En verano solía cenar allí, tomando unas cervezas.

Miró el visor en color de su artilugio. Continuaba sin encontrar una red de satélite que restableciera su servicio perdido.

Un momento, alzó la vista ¿qué era aquello? En el cielo. Observó boquiabierto el mayor espectáculo que hubiera visto en su vida. Ni miles de sus billetes verdes podrían comprar jamás un festival de luces similar a éste.

Decenas, centenas de luces, millares quizás, llenaban todo el cielo, iluminándolo al igual que los fuegos de artificio. Aunque aquellas luminarias no eran el resultado de la explosión de cohetes pirotécnicos. No. Era bello. El azul, el rojo, el amarillo y el blanco se entremezclaban, danzando de un punto cardinal a otro. A veces, a gran velocidad, subiendo, bajando y cambiando de dirección a gran altura, asemejándose a un gigantesco árbol de Navidad colgado en el cielo. Se cruzaban, en una especie de baile de cortejo. Brillaban con gran intensidad, al punto, que no podía mantener la vista fija en una sola de aquellas maravillosas centellas.

Una luciérnaga de azulada fluorescencia fue creciendo con rapidez, acercándose cada segundo más hacia él. Se agachó, asustado, pensando en que iba a estrellarse contra la casa.

Sin embargo el choque no ocurrió. Se quedó suspendida.

La luz cimbrecaba, meciéndose con suavidad de un lado a otro, parpadeaba. Mas, lo que fuese aquella cosa, no le dañó. Le dio una gran paz, tranquilidad y, desde que había comenzado su carrera profesional, se sintió feliz.

De repente, desapareció, dejando una momentánea estela que, finalizó igual de fugaz que se había iniciado.

La cúpula celestial mostraba su habitual manto de estrellas, nada de extraños colores.

Un mensaje en la pantalla de su celular le advertía de que había recobrado la cobertura. Marcó un número, sin pensarlo.

—¿Sí? ¿Quién es? —dijo la voz al otro lado del teléfono.

—¿Howard?

—*Soy yo, ¿quién habla?* —inquirió.

—Howard... —vaciló— soy... —comenzó, no pudo seguir porque sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Jack?

—Sí, soy yo. ¡Maldita sea! ¡Soy yo, hermano! —dijo sonriendo.

—¡Oh, Dios mío, Jack!

—Lo siento... lo siento tanto...

—*Tranquilo, tenemos mucho de que hablar...*—se escuchó a otra voz, ésta femenina, por detrás de él— *¿Por qué no vienes a pasar las Navidades con nosotros? Los chicos te echaron de menos en Acción de Gracias. ¿Vendrás?*

—Claro.

—*Genial. Es tarde.*

—Sí, es tarde. Prometo llamarte mañana.

—*De acuerdo. Un abrazo. Adiós.*

—Un abrazo y besos para los críos y para Amy.

Se despidieron. Hacía frío y estaba descalzo.

Lo siguiente que hizo fue entrar en casa y llamar a su secretaria. Se tomaría quince días de vacaciones.

Aquella noche

–Con cariño para WDF82, por favor.

–¿Cómo? –pregunto extrañado

–Sí, con cariño para WDF82 –me repite mientras se gira para comentarle la jugada a sus dos acompañantes–. Es para una chica, seguro que le hace mucha ilusión.

–¿Qué clase de nombre es ese?

–No sé, eso mismo me pregunto yo. Supongo que es el nombre que se pondría la chica más friki del foro –con media sonrisa en la cara, estiro la mano y escribo la dedicatoria estándar para jóvenes adolescentes. El chico de la camiseta de *Tyrion* la lee, me da las gracias y se marcha junto con sus amigos.

El calor, como corresponde al mes de agosto por estas latitudes, es sofocante y necesito imperiosamente ir al baño. Por suerte sólo quedan cinco minutos para que termine la Feria. Me encanta el contacto directo con los lectores, pero el ritmo de firmas de este año ha sido agotador. Cuando estoy a punto de marcharme, un nuevo chico se acerca hasta mi caseta. No debe de tener más de diez u once años. Micción abortada.

–Buenas, ¿es usted Leopoldo Terra? –me pregunta con su vocecilla preadolescente. Noto una mezcla de respeto y admiración en ella.

–Así es –respondo.

–Quiero decirle que me ha encantado su libro, los dragones, los castillos y Lord Terkuel, la Corte Roja y la Espada Triste... –me dice de carrerilla, como si lo hubiera ensayado cientos de veces– Desde que leí su libro, no hay noche en que no sueñe que soy un Guardián Verde y que recorro los trece reinos dando su merecido a los Sekulers –hace una pausa para tomar aire–. Me gustaría que me lo firmara –dice finalmente después de tenderme el pesado volumen de *Tierra Terra*. Está algo nervioso. Dios, ¡está emocionado por hablar conmigo!

–Claro –cojo el libro y escribo la dedicatoria especial para gente simpática. Es en estos momentos en los que me alegro de haber escogido la profesión de escritor–. ¿Cómo te llamas, hijo?

–Victor

–Muy bien Victor –digo mientras escribo su nombre–, aquí tienes. Me alegro de que te haya gustado –el chico lee la nota y me mira con sus enormes ojos llenos de brillo y entusiasmo.

–Muchas gracias –dice lentamente. Luego, tras mirar de nuevo la dedicatoria, se marcha despacio, sujetando su libro recién firmado como si fuera una reliquia sagrada.

Su agradecimiento es lo más genuino que he escuchado en mucho tiempo. Estoy seguro de que realmente he conseguido emocionarle con mis historias. Si la satisfacción pesara menos que el aire, ahora mismo saldría volando como un globo. Me he visto reflejado en este chiquillo. Recuerdo que leí mi primer libro de fantasía cuando tenía más o menos su edad... Hace tanto tiempo de aquello...

Era pleno verano y en aquellos días el termómetro no bajaba de los treinta grados. La elevada humedad provocaba que uno no dejara de sudar en todo el día. De alguna manera, eso contribuía a hacer menos evidentes las diferencias entre pobres y muy pobres: todos íbamos apenas sin ropa. Recuerdo que era diciembre, y como todos los años por esas fechas, mi padre conseguía unos ingresos extras que se invertían en comprar algo de comida diferente a frijoles o arroz. Durante el periodo navideño, desempeñaba el empleo más humillante que uno pueda imaginar. Era el encargado de hacer de Santa Claus en uno de los pocos hoteles de lujo que había en la costa occidental de Nicaragua. Los turistas que pasaban sus vacaciones allí, no querían renunciar a sus tradiciones, y exigían que la persona que les iba a entregar los regalos de navidad a sus hijos, fuera ataviada con el uniforme completo: barba postiza, traje rojo y gorrito con pompón. Poco importaba que mi padre terminara todos los días al borde la lipotimia. Él no hacía ascos a ningún trabajo. Era un buen padre.

Las navidades en mi casa diferían bastante del prototipo occidental. No nevaba, al contrario, hacía mucho calor. No comíamos hasta hartarnos, con suerte probábamos algo de res cocida. No escuchábamos villancicos. No teníamos magnetófono y de haberlo tenido, nos hubiera dado lo mismo. No había electricidad en todo el barrio con la que hacerlo funcionar. Tampoco expresábamos buenos sentimientos hacia los demás. Mi abuelo, marxita convencido y sandinista de corazón, no nos dejaba. Decía que las navidades eran un invento de la Iglesia y que no se podía comulgar con las tradiciones de una institución de dominación capitalista. Siempre me decía que había que ser bueno durante todo el año, y no sólo cuando un maldito cura lo dijese. En eso tenía razón.

Así se presentaba la navidad de aquel año, tan calurosa, aburrida y monótona como siempre. Lo cierto es que si a la navidad se la despoja del sentimiento religioso, de las reuniones familiares, de los banquetes alrededor de una mesa y de los regalos para los chiquillos, se queda en nada. Es por eso que para mí esas fechas significaban poca cosa. Pero aquel año pasó algo. Mi madre me confesó que mi padre estaba haciendo horas extras en el hotel para poder hacerme un regalo. ¡Me iba a comprar nada más y nada menos que una bicicleta! De segunda mano por supuesto, pero una bicicleta al fin y al cabo. Mi padre sabía que me moría por tener una, y que daría pedales sobre cualquier cosa que fuera capaz de arrastrarse sobre los caminos de tierra. Ese día conocí la emoción que siente cualquier chiquillo mientras espera ansioso su regalo. Aquel día, la navidad cobró sentido para mí.

El día veinticinco llegó. Mi madre y yo esperábamos nerviosos a que mi padre regresara ataviado con el uniforme del trabajo y la bicicleta a su lado. Pero no fue así como entró en el salón. Un enorme hematoma le cubría media cara y tenía desgarrada toda parte superior del traje de Santa Claus. No había rastro de la bicicleta.

—Lo... siento, hijo —atinó a decir. Tenía el labio inferior hinchado—. Me han asaltado en la estación de autobuses. Se han llevado tu sorpresa.

—Ya sabía que no era buena idea —farfulló mi abuelo—, estas malditas navidades sacan lo peor de la gente —no habló nadie más. Mi padre se retiró a su habitación, cabizbajo, y seguro que con la moral más dolorida que el rostro. Yo me fui a la cama con ganas de llorar, cabreado con mi suerte y con la desilusión propia del que se le ha derretido el caramelo antes de probarlo. Mientras no paraba de dar vueltas en la cama, escuché como mis padres hablaban. Luego sonó la puerta de la calle y alguien se alejó corriendo. Finalmente me venció el sueño.

Me desperté a media noche, alguien había llamado a mi puerta. Llegué a ciegas y medio dormido al picaporte. Lo giré, abrí y lo encontré en el suelo. Estaba envuelto en un grueso papel de estraza en el que alguien había escrito: “Te queremos”. ¿Qué era aquello? Movido por la excitación, lo cogí y volví corriendo a la cama. Rasgué el papel con ansiedad y la contemplé por primera vez. Nunca olvidaré la portada de mi primer libro: un castillo, un cielo morado, unas montañas nevadas... Aquella noche leí más de cien páginas sin parar. Los ojos me escocían pero daba igual, estaba fascinado. Un mundo de fantasía se acababa de abrir justo delante de mí y no podía parar de leer. Aquella noche decidí que sería escritor. Aquel libro se titulaba *Nicho de Reyes*.

Navidad, blanca Navidad

Papá Noel trepaba dificultosamente por la fachada de la casa. Empezaba a odiar este trabajo. No tenía edad para esto, no terminaba de entender por qué había dejado de entrar por las puertas. La borla del sombrero se caía constantemente sobre el rostro del rubicundo Padre Diciembre mientras se esforzaba por alcanzar la ventana. Odiaba el maldito traje rojo. Siempre lo había odiado, pero era indispensable. Con el enorme saco vacío al hombro ascendió los últimos metros hasta la entrada de la casa. Se detuvo para bufar y resoplar unos minutos. Una vez recuperado del esfuerzo, y maldiciendo su labor, se adentró en la vivienda.

Maribel, a sus once años de edad, era ya una chica muy lista. Vivaz y curiosa, se esforzaba por mantenerse despierta un minuto más. Cada segundo luchaba insistentemente contra el sueño, otro minuto más. Estaba segura de que Papá Noel vendría aquella noche, y no se dormiría hasta haberlo visto. Pasaban ya de las dos de la madrugada de aquel veinticinco de diciembre y aún no había oído nada. Se sorprendió pensando que quizás no había sido tan buena como ella creía, y que Papá Noel no llegaría a traerle nada. Rechazó aquella idea y se frotó los ojos claros. No debía dormirse. Aún no.

Un crujido en la tarima la sacó del sueño en el que se sumía lentamente. Nerviosa, se quedó en la cama, con los ojos abiertos como platos. Agudizó el oído. Temblaba de excitación; Papá Noel había llegado. Apretaba eufórica la mandíbula, le temblaban las manitas. Dudaba, pero armándose de valor salió del lecho. Se calzó las zapatillas de felpa y, respirando azoradamente, abandonó su cuarto.

Una vez en el pasillo, recordó que tenía miedo a la oscuridad, pero no le importó. Aquella noche no habría miedos; Papá Noel había llegado. Al pasar por delante de la ventana del pasillo observó que había comenzado a nevar. ¡Qué bien! —Pensó— ¡Navidad, blanca Navidad!

Llevaba, con esta, diecinueve casas aquella noche. De momento no había ido mal; no había sucedido nada fuera de lo normal en ninguna de ellas. Descendió por las escaleras en dirección al salón. Suponía que era allí donde colocarían el árbol. Haciendo equilibrios para no hacer ruido, bajó los escalones de madera. Pese a sus esfuerzos, algunos crujieron bajo su peso, obligándole a detenerse para no despertar a nadie. Una vez abajo se relajó. Ya no le ponía nervioso realizar este trabajo, lo tenía muy practicado, se lo sabía al dedillo. Observó la disposición del salón: el árbol estaba colocado en una esquina, entre la librería y la ventana, adornado con cientos de bolas de diferentes clases y una sarta de luces heterogéneas. Parpadeantes, las luces proyectaban la sombra de Papá Noel en una y otra pared. Era un espectáculo siniestro. Abrió el enorme saco y se dispuso a completar su labor. Aún podía recorrer media docena de casas más si se daba prisa.

Maribel avanzaba despacio, conteniendo la respiración a cada paso. Escuchaba como Papá Noel extraía sus regalos del saco. El corazón le latía desbocado en el pecho. Recorrió los últimos escalones temblando de animación. Al llegar abajo giró hacia el salón y lo vio. Se encontraba de espaldas a ella, agachado junto al árbol. Canturreaba algo con voz áspera mientras metía regalos en su bolsa. Pese a la evidencia, no pudo evitar preguntarle.

—¿Es usted Papá Noel? —la niña habló sin temor, como sólo los niños pueden hacerlo.

El hombre se dio la vuelta y Maribel pudo ver la expresión de sorpresa que recorría su rostro. Papá Noel abrió y cerró la boca varias veces antes de responder.

—¿Cómo dices... niñita?

Tenía la voz ronca, Maribel nunca pensó que Papá Noel tuviera esa voz. Era tan diferente de las voces que le ponían los actores por la tele.

—Que si es usted Papá Noel —la niña frunció el ceño al darse cuenta de que no había ningún regalo bajo el árbol. Sin darle tiempo a responder preguntó: — ¿Por qué no hay regalos? He sido muy buena todo el año...

Empezó a sollozar. Papá Noel se puso nervioso, no quería que se despertaran sus padres. Se acercó a ella bruscamente e intentó silenciarla poniendo su mano enguantada sobre la boca de la muchacha. Asustada por la reacción apresurada de aquel hombre, Maribel gritó.

Se oyeron ruidos en el piso de arriba, alguien se había despertado. Papá Noel se puso nervioso. Pasos apresurados recorrían la escalera. El ladrón extrajo un revolver de un pliegue de su traje. Apuntó hacia la puerta del salón. La madre de Maribel, una mujer joven y atractiva, se topó de bruces con el arma. Asustada, buscó a su niña con la mirada. Aquél hombre la retenía con una mano mientras empuñaba la pistola con la otra. Estaba nervioso, sudaba abundantemente. La madre de Maribel temía que pudiera cometer una locura e intentó tranquilizarle:

—Por favor, dejé a mi hija. Sólo es una niña. —La desazón de su voz transgredía los sentidos del ladrón. Se angustiaba por momentos. Al no obtener respuesta insistió: —No le ha hecho nada a usted, por favor...

Gruesas lágrimas caían por su fino rostro de porcelana. Intentaba mantener la calma, pero hipaba y le temblaban las manos visiblemente. Papá Noel miró a su alrededor varias veces. Con nerviosismo empezó a verse atrapado. La mujer se interponía entre él y la puerta. El botín quedaba a sus espaldas, y Maribel no dejaba de revolverse en sus brazos. El sudor goteaba por su frente y su nariz. Una gota, resbalando lentamente, recorrió su apéndice nasal, llegó al borde y se condensó despacio. Fue adquiriendo tamaño poco a poco, reuniendo más y más fluido corporal, hasta que la gravedad hizo su trabajo y la llamó a besar el suelo. La gota cayó. Pausadamente recorrió la distancia que la separaba de la tarima. Al tocar el piso estalló con un sonido estremecedor y un alarido.

Maribel, revolviéndose, había mordido a Papá Noel en la mano mientras éste contemplaba ensimismado un punto situado en sus narices. El ladrón gritó, y cerró los puños en un acto reflejo. El puño derecho, sosteniendo el revolver, intentó encogerse como ordenaban los impulsos nerviosos, y el arma se disparó. Una bala plateada devoró el espacio que lo separaba de la madre de Maribel y se incrustó sonoramente en su cuello. El cuerpo se desplomó en un instante, mientras la explosión del arma aún

retumbaba en los oídos de los presentes. Lentamente, un charco de líquido vital abandonaba su cuerpo viscosamente, para perlar la tarima del salón.

Papá Noel fue el primero en reaccionar. Rápidamente soltó a Maribel y corrió hacia la puerta. Al pasar sobre su víctima, pisó el círculo de sangre que se formaba a su alrededor, dibujando en él su huella. Abrió la cerradura apresuradamente y abandonó la casa como alma que lleva el diablo.

Maribel está paralizada. Horrorizada. No entiende qué ha sucedido. Pese a su vivacidad, su inteligencia y su madurez, que mamá esté en el suelo rodeada de una flor carmesí escapa a su comprensión. Se acerca a su cuerpo y le aparta el pelo del rostro. Seguía siendo bella. Sin darse cuenta, moja a su madre con lágrimas que caen inconscientemente de sus ojos, diluyéndose con la sangre de la que era el centro de su existencia. Hipa violentamente. Se aferra a su madre y se recuesta junto a ella, abrazándola. La puerta de la calle está abierta. Aún nieva. Mientras su mundo se hunde, todo cambia de color. Navidad, roja Navidad.

El Hombre del Saco

No podía evitar sentir regocijo cuando aquella mágica fecha se aproximaba. Juan, a pesar de ser un tipo solitario, disfrutaba viendo la felicidad en el rostro de la gente. Las tremendas sonrisas en el rostro de los niños que están de vacaciones y esperan ansiosos sus regalos navideños y la ilusión de los adultos por reunirse de nuevo con sus parientes.

Para él todo esto terminó el día en que un fatídico accidente de coche acabó con su familia. Las brumas de ese recuerdo volvían cada año cuando las luces navideñas iluminaban alegremente las calles. El exceso de alcohol del conductor, su padre, fue la causa del accidente, según la policía. Pero para él eso ya no tenía importancia. En esas fechas, le gustaba recordar las celebraciones familiares, aunque ahora las pasara solo.

Dicen que los adultos pierden la ilusión, pero cada año él pedía su deseo a Papa Noel. Enviaba la carta y colgaba el calcetín a la espera del regalo que nunca llegaba. No tenía familia, y la habilidad para hacer amigos la había perdido en el orfanato, por eso, su mayor deseo era encontrar a alguien con quien pasar el tiempo.

La Navidad es diferente para cada persona. A doscientos kilómetros de allí, alguien la estaba maldiciendo. La solitaria carretera estaba medio helada, un viejo coche circulaba despacio. Luis, su conductor, miraba ansiosamente el marcador de la temperatura. Cualquier día de estos le dejaría tirado. Esperaba que fuera otro día, puesto que ahora se dirigía a casa de sus padres para celebrar la cena de Noche Buena.

Esta era la época de año que más le repugnaba. Todo el mundo creyéndose bueno y tratando de parecer felices. Odiaba el alboroto de los niños sin colegio, las luces horteras y sobretodo el consumismo generalizado. Era imposible salir de compras, cualquier centro comercial

esta siempre lleno a reventar. Los atascos y el estrés en el trabajo le consumían desde un par de meses antes. Pero no le quedaba más remedio que convivir con ello.

No pudo evitar pensar en su compañero Juan. Ese tipo solitario, casi insociable, que cuando llegan estas fechas pone una sonrisa forzada y recuerda entre dientes que nadie olvide pedir su deseo a Papa Noel.

Se ajustó las gafas y prestó atención a la carretera. Una sombra cruzó repentinamente delante del coche, haciéndole pisar el freno. Las ruedas se bloquearon y el coche derrapó sobre una costra de hielo. Tras un giro y medio se estrelló contra los árboles que delimitaban la carretera. Por fortuna no iba demasiado rápido, así que el golpe no fue tan brutal.

“¿Qué era eso?” – pensó mientras abandonaba el coche destrozado en la cuneta. El cuerpo le dolía terriblemente y notaba como la sangre le resbalaba desde una ceja. Al limpiársela se dio cuenta de que sus gafas estaban destrozadas, las arrojó al suelo.

Según se enfriaba, el dolor de su pierna crecía en intensidad. Dudaba que estuviera rota, pero el sufrimiento que soportaba al apoyarla era lacerante. Se acercó lentamente al coche para coger algo de abrigo y buscar su teléfono móvil. Poco a poco el recuerdo del accidente volvía a llenar su mente.

“¡Un alce!” - pensó sorprendido. – “¿Qué coño hacía aquí?”.

Sacudió la cabeza, y descubrió que el cuello también le dolía. Cuando pudo llegar al auto intentó llamar al servicio de urgencias.

“Sin cobertura, joder” – La desesperación empezaba a apoderarse de sus pensamientos – “Maldita Navidad. Con lo bien que estaría en casa”

Afortunadamente la noche era clara. No dio crédito a sus ojos miopes cuando vio acercarse por la carretera al animal.

“¡Por todos los infiernos, si es un reno!” – Sus sienes le palparon con fuerza. Algo que no comprendía estaba sucediendo.

Por el otro lado de la carretera se acercaba una figura humana. No podía distinguirla claramente, pero parecía un tipo enorme cargado con un saco. Por un momento olvidó los animales y se dirigió hacia él cojeando.

- “¡Amigo, amigo. Necesito ayuda, por favor!” – gritó al aldeano que se acercaba lentamente. No alcanzaba a comprender qué podría hacer alguien a aquellas horas en un lugar tan apartado, pero su capacidad de raciocinio estaba a punto de desbordarse.

Cuando logró distinguir al hombre del saco se le hizo un nudo en el estomago. El miedo le provocó una descarga de adrenalina que le impulsó a huir.

No podía esperarse nada bueno de alguien vestido de Papa Noel en un sitio como ese.

“¿Y si el accidente no ha sido fortuito? – pensó horrorizado

La pierna de dolía horrores y la sangre le brotaba de nuevo desde la herida de la ceja, nublando su ya deficiente visión. Pero el pánico le impulsaba a huir con todas sus energías. Se metió en un sembrado, dirigiéndose hacia un pequeño bosquecillo cuya silueta se recortaba en el horizonte clareado por la luz de la luna. Cada varios pasos volvía la mirada hacia atrás para tratar de encontrar al misterioso hombre del saco. No podía verle, pero si podía escuchar su risa malévola: “ho, ho, ho”.

Casi al límite de sus fuerzas llegó a la arboleda donde pretendía despistar a su perseguidor, que seguía desquiciándole con sus malignas carcajadas. Apoyó la espalda contra un árbol para tratar de recuperar el aliento. El corazón se le salía por la boca, latiendo desesperado. Los pulmones apenas podían suministrarle el aliento que tanto necesitaba. Los huesos le dolían como si fueran de cristal y se hubieran partido en miles de esquirlas que laceraban su maltrecho cuerpo desde el interior.

Entonces sus ojos desorbitados descubrieron uno de aquellos diabólicos animales. Un reno le miraba fijamente con los ojos enrojecidos.

“Esto no puede estar ocurriéndome” – pensó al ver cargar al animal. Un asta le abrió el vientre. Se tapó la herida con las manos para evitar que las tripas se le salieran.

Ya agonizaba cuando oyó de nuevo esa risa: “ho, ho, ho”. Miró en esa dirección, con la certeza de que iba a morir, y tan solo pudo distinguir un tipo enorme. Alto y grueso, con un poblada barba blanca y un grotesco traje rojo, que se le acercó y le golpeó con un pesado saco.

El día de Navidad amaneció radiante. Aunque hacía frío el sol brillaba con fuerza, penetrando por la ventana de Juan y despertándole.

“Un día precioso” – pensó al abrir lo ojos. Era temprano, pero no le gustaba holgazanear en la cama, aunque fuera día de fiesta, así que se levantó a prepararse el desayuno.

Mientras preparaba el chocolate recordó la pesadilla de la noche anterior. No cesó de oír una tremenda y profunda carcajada, que le persiguió durante su sueño: “ho, ho, ho”.

Decidió tomárselo en el salón, pero al entrar, descubrió un enorme bulto justo donde había dejado su calcetín de Papa Noel.

“Que extraño”- pensó – “No tengo parientes ni amigos. Aunque eso es precisamente lo que más deseo en el mundo”.

Desató el nudo con nerviosismo y entonces lo vio. Un espasmo le brotó del estomago y no pudo evitar vaciar su contenido sobre la alfombra. Lo que allí había le hizo vomitar: la cabeza inerte de Luis, su compañero de oficina, le miraba con los ojos desorbitados de quien encuentra una muerte repentina.

Oda a los niños en Navidad

Los padres de Elea tenían un serio problema: para Navidad, Elea había pedido una niña de las cerillas. El Sr. y la Sra. Gómez no sabían qué hacer. Quedaban veinticuatro horas para que su hija despertara en busca del regalo bajo el abeto repleto de luces y estrellas. Y no encontraría absolutamente nada, porque tras recorrer las calles frías y nevadas de aquella gran ciudad, el matrimonio Gómez había llegado a la conclusión de que los niños huérfanos ya no existían, tan sólo en los cuentos de hadas.

—¿Qué es lo que podemos hacer, querida?

La Sra. Gómez se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar desconsoladamente. Nunca habían decepcionado a su hija, era la primera vez que no se sentía una buena madre, orgullosa de sí misma. El Sr. Gómez pensó que su trabajo en el banco era una estupidez si no podía comprar la felicidad de su hija, “Elea se pondrá muy triste”. Aquella idea los aniquiló totalmente. El aguanieve caía fuera, sorprendido de la imagen tan antinatural de la casa del matrimonio Gómez: repleta de luces, calidez, lujo, y con dos personas tan tristes en su interior. La perfecta imagen de Navidad se distorsionó literalmente.

Y el día 25 amaneció sin que los buenos propósitos por cumplir, o el dinero, pudieran detenerlo. El Sr. y la Sra. Gómez esperaban, cabizbajos, junto al abeto la aparición de Elea.

—¿Dónde están los regalos?

Tan sumidos en reproches mentales estaban, que el Sr. y la Sra. Gómez, por primera vez en Navidad, no se habían percatado de la presencia de su hija, una hermosa niña rubia, lozana de amor y buenos cuidados, feliz.

— Verás... - comenzó a excusarse el Sr. Gómez.

—¿Y mi niña de las cerillas?

— Es que...

—¿Y cómo voy a ser triste ahora? – Elea comenzó a patear.

La Sra. Gómez, totalmente sorprendida, intervino:

—¿Qué quieres decir, cariño, con ser triste? ¿Por qué has de ser triste? No te preocupes, papá y mamá, te traerán lo que...

—¡No! Estoy harta de ser feliz; quiero una niña de las cerillas ante mí y que me haga llorar, que su sola imagen me haga ser desdichada, pero que sea real; el mundo no es sólo como nosotros.

—Pobrecita mi niña — la Sra. Gómez estalló en llanto y el Sr. Gómez frunció el ceño — Está consternada por no tener regalos de Navidad; somos unos padres horribles.

La crisis inundó, por primera vez en Navidad, el perfecto hogar del matrimonio Gómez. El servicio hubo de intervenir, ellos eran los que se encargaban siempre de apaciguar las rabietas de Elea. Mientras se la llevaban a rastras a su cuarto, Elea no paró de repetir que “el mundo no es sólo como nosotros”.

Su padre decidió que la niña regresaría al internado antes de lo previsto; la Sra. Gómez se marchó al día siguiente a un balneario, a curar su sistema nervioso, y el Sr. Gómez se encerró en las frías oficinas de su banco. Los tres olvidaron el suceso en un periquete. El hogar seguía vivo. Elea pidió un pony para los Reyes y todos, especialmente la Sra. Gómez, se pusieron muy contentos y abrazaron con orgullo a la niña caprichosa que ya no se acordaba de la huérfana que vende cerillas.

El diez de enero, once habían sido los niños muertos en las oscuras calles por inanición y frío durante las fiestas de Navidad.

El premio

Julia abrió los ojos y miró el despertador, como todas las mañanas. El reloj marcaba las diez y media. Pensó lo agradable que resultaba poder dormir hasta tan tarde el día de nochebuena cuando caía en sábado, como este año.

Mientras se encontraba en sus ensoñaciones oyó un ruido a su espalda. De repente sintió ese miedo que de vez en cuando la atrapaba desde que sufrió el asalto aquella noche en el portal de su casa. Sin embargo este ruido se había producido muy cerca, casi en su cogote. El sonido se repitió de nuevo. Se armó de valor y estiró un brazo tembloroso hacia atrás hasta que tocó algo. Era piel. Se volvió y vio un hombre acostado en su cama, durmiendo. Soltando un alarido saltó de la cama dándose cuenta entonces de que se encontraba desnuda. Rápidamente agarró un pico de la manta y se la puso alrededor del cuerpo. Sólo entonces reparó en el hombre que se había despertado a causa del grito y que la miraba con una expresión de auténtico espanto.

Julia reconoció al individuo y consiguió relajarse un poco. Se trataba de Alberto, un compañero de trabajo al que amaba calladamente. Al abandono del terror le siguió la llegada de la incompreensión. ¿Por qué estaba Alberto en su cama? Recordaba perfectamente la noche anterior y sabía que como cada noche, se había acostado sola, y como cada noche, pensando en Alberto, quien en ese momento se estaba levantando de la cama. Ambos se quedaron pasmados cuando Alberto quedó en pelota picada. No es que se pudiera decir que el muchacho estuviera bien dotado, ¡es que era tremendo! Aún en estado de flacidez su pene era enorme. La situación desbordó la capacidad de Julia, que ya no pudo más y cayó al suelo.

No llegó a perder la consciencia. Alberto la ayudó a levantarse mientras le preguntaba cómo se encontraba. - No es nada, sólo la impresión - contestó - ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has venido?

- No lo sé. Anoche me acosté en mi cama y hoy he aparecido en tu casa. No entiendo nada. Además ¿Has visto lo que me ha pasado? Yo era normal, tirando a poca cosa en cuestión de tamaños, pero mira lo que tengo ahora. ¿Cuánto crees que pesa?

- Voy a vestirme - Es lo único que se le ocurrió decir a Julia para salir de la situación.

- Sí, yo voy a darme una ducha, a ver si me relajo.

Ya vestida Julia fue al baño con toallas limpias para Alberto. La puerta estaba abierta, por lo que no pudo evitar ver a Alberto mirándose en el espejo de cuerpo entero mientras movía rítmicamente la pelvis, hacia delante y hacia atrás, provocando un movimiento de vaivén de su pene, al tiempo que emitía en voz baja sonidos que intentaban parecerse al barrir de un elefante.

- ¿Tu hasta ayer eras un pichacorta, verdad? - Alberto, entre lo inesperado de la pregunta, y el hecho de que le hubiera pillado en semejante actitud, empezó a ponerse colorado. - No te me mosquees y responde. Es muy importante.

- Bueno, ejem. Yo... ¿Y a ti qué te importa?

Julia puso los ojos en blanco. Claro que le importaba, su mayor deseo había sido despertar una mañana con Alberto a su lado. Y de alguna forma su sueño se había cumplido. - Responde, ¿Sí o no?

- Sí, ¿Estás ya contenta? ¿Por qué me lo preguntas?

-Porque creo que se lo que ha pasado. Pero ven, vístete, que nos vamos a ver a Ascensión - Mientras se lo decía, guiñaba un ojo.

- Julia, ni se te ocurra llamar a Vanessa con su segundo nombre. Ya sabes como se pone.

- Creo que la palabra ascenso, o Ascensión hoy le va a encantar.

Cogieron el coche de Julia, aunque Alberto se había empeñado en ir en el suyo porque según decía, no le gustaba ir de acompañante. Pero no hubo manera de encontrar el maldito coche, Alberto no tenía ni idea de dónde lo había dejado. Julia estaba cada vez más segura de saber lo que pasaba, pero eso no la ayudaba a tranquilizarse, más bien al contrario. Durante el viaje se percató de que Alberto de vez en cuando se tocaba los genitales, suspirando. Supuso que quería comprobar que aquello que hubiera provocado su “magnificación” no se hubiera desinflado.

Llegaron a casa de Vanessa a eso de las doce. No les extrañó encontrarla aún en la cama. Julia le preguntó si había recibido alguna llamada de la empresa donde los tres trabajaban.

- Ninguna, ¿Por qué?, ¡Alberto! ¿Qué haces?

Alberto se estaba desabrochando el cinturón, seguramente con la intención de compartir con Vanessa su “gran” alegría, pero desistió al ver la cara de mala leche que le puso Julia, que estaba segura de que entre ellos en el pasado había habido más que palabras.

- ¿Y alguna carta? - Siguió preguntando Julia.

- Había algo en el buzón. Lo recogí anoche cuando os dejé después de la comida.

El día anterior sólo habían trabajado por la mañana al ser viernes y día previo a nochebuena. Los compañeros del trabajo se fueron a comer juntos y después unos cuantos, entre los que estaban Vanessa, Julia y Alberto, se tomaron unas copas hasta tarde.

– Ábrela - dijo Julia. Me juego lo que quieras a que son buenas noticias.

Vanessa cogió la carta con una expresión de bastante extrañeza, la abrió y comenzó a leer.

– ¡Esto es increíble! - Empezó a saltar y a reír - ¡Justo lo que quería, me han ascendido a vicepresidenta de cuentas!

– Ya tengo el misterio resuelto. - Gritó triunfantemente Julia. En realidad lo que consiguió fue terminar de convertir la estancia en una jaula de grillos al confundirse sus palabras con las muestras de efusión que Alberto y Vanessa exhibían.

Al poco todo se calmó. Julia pudo entonces hablar tranquilamente.

– Veréis, esto fue lo que creo que pasó. Os parecerá increíble, pero es la única explicación que encuentro en la que todo lo que ha pasado últimamente encaja aceptablemente. Recordaréis que ayer, poco después de salir del restaurante, Vanessa, nos entregaste las participaciones de la lotería de navidad de uno de los clientes de la empresa que guardabas, eran las de todo el departamento. Hubo un problema con un transporte y llegaron después del sorteo.

– Si, me acuerdo - dijo Vanessa - ¿Pero qué tiene eso que ver?

– Tranquila, todo llegará. Tu habías mirado por si nos había correspondido algún premio y nos comentaste que sí, que eran diez euros por participación. En ese momento nos salió al encuentro una pequeña chiquilla pordiosera. Era muy extraña, sus ojos mostraban una mirada propia de quien ha vivido muchas experiencias, de quien ha visto mucho mundo, y todo ello no cuadraba con lo pequeña que era. Nos dijo que si le dábamos el papelito que teníamos en la mano, nos aseguraba que se cumplirían los deseos que pedíamos con mayor frecuencia.

– De todos los que estábamos allí - continuó - solamente nosotros tres le dimos la participación de lotería. El resultado ha sido que se ha cumplido lo que cada uno pedía ¿Me equivoco?

– Bueno, lo único que me queda claro de todo este asunto - Comentó Alberto mientras se rascaba distraídamente la entrepierna - es que debemos elegir cuidadosamente lo que deseamos, no vaya a resultar que lo consigamos. Vanessa, ¿No tendrás por casualidad polvos de talco, verdad?

Pequeño Tim y el señor Scrooge

–Muéstrame, Espectro.

La imagen sustituye a la nieve electrónica del monitor. La cámara gira sobre su eje y recorre perezosa el compartimiento de popa. Una lámpara fluorescente que agoniza aparta las tinieblas con un parpadeo moribundo y rojizo.

La implosión ha destrozado las placas de gravedad inducida. Cuerpos y objetos flotan a la deriva. El espumillón navideño se agita en el aire como una serpiente borracha, las bolas del árbol... Pero no, no son las bolas. Es sangre. Esferas perfectas de sangre nadando en el vacío.

Scrooge reconoce el cuerpo del capitán. Ya no es tan duro. Solo un pelele flotando en medio de un montón de basura.

Scrooge sonríe.

De repente, algo llena la pantalla del monitor. Scrooge da un respingo y se echa instintivamente hacia atrás. Casi hace caer la silla donde está sentado.

Un casco de astronauta le mira desde el otro lado. Scrooge abre la boca en un interrogante mudo. El casco lleva un ridículo lazo rojo brillante anudado como si fuera un regalo.

–¡Mierda! Es ese maldito retardado.

Ata cabos rápidamente. La tripulación celebra la Navidad en el compartimiento de popa. Todos menos el hombre de guardia; él mismo. Se ha bebido, se ha reído y se han abierto regalos. Y algún maldito imbécil, seguramente el capitán, le ha regalado al idiota un equipo de astronauta. Por supuesto, ha corrido a probárselo. Scrooge, nervioso, tamborilea con los dedos sobre la consola. Un superviviente es un problema. Tendrá que resolverlo.

–Espectro, abre el armario de las armas.

–*Has matado a la tripulación* –responde una voz suave desde algún lugar -. *Te colgaran por ello en Delta.*

–Conoces las normas de la Cofradía Espectro. Muerto el capitán el segundo toma el mando. Me debes obediencia. Está escrito en tu programa.

–*Correcto. Pero al llegar a Delta...*

–Antes de llegar a Delta tú serás historia, como ellos. Abre el puto armario.

Espectro, la IA de la nave, abre el puto armario y no contesta.

Pequeño Tim, dos metros de altura y CI 65, se abraza las piernas encogido en un rincón. No quiere levantar la vista y ver a través de la visera de su nuevo y flamante casco a sus amigos muertos. Sus anchos hombros se estremecen con un llanto apagado.

Una voz conocida le habla.

–*Tim, muchacho, tienes que salir de aquí. Scrooge viene a por ti.*

–¿Eres tú, Espectro? –una nota de alivio se adivina en su tono.

–*Si.*

–¿Qué ha pasado? ¿Por qué dices que Scrooge viene a por mí?

–*El provocó el accidente. La implosión.*

–Pero, ¿por qué?

–*Hay algo en la bodega que desea. Algo que el capitán y él compartían. Ahora es todo suyo.*

–El capitán era mi amigo. Me invitó a que lo acompañara en este viaje.

–*Lo sé Tim.*

–¿Por qué no detienes tú a Scrooge?

–*No puedo. Mi programa... me lo impide. Es complicado. Pero no me impide informarte. Escucha atentamente Tim. Scrooge viene a matarte y después destruirá mi*

memoria. Tienes que moverte. Ya.

—¿Qué tengo que hacer Espectro? Estoy muy asustado.

—En primer lugar ve hasta el cuerpo del capitán. Colgada de su cuello está la tarjeta maestra. Debes cogerla.

—¿La tarjeta mágica del capitán?

—Si. Con ella podrás abrir todas las compuertas. Yo puedo abrirlas también, pero no puedo obedecer tus ordenes. No te quites el casco. El sistema de emergencia ha sellado el compartimento y renovado la presión de aire. Pero puedes necesitarlo más tarde.

Tim se levanta con dificultad. Su pierna biónica, comprada en el mercado negro, comienza a molestarle. Se impulsa con su pierna buena y flota hasta el cuerpo del capitán.

“Somewhere beyond the sea,
somewhere waiting for me,
my lover stands on golden sands
and watches the ships that go sailing”

Scrooge canturrea y camina bailando. En la mano sujeta una automática.

—¿Espeeeectro? - espeta con tono burlón. ¿Serías tan amable de decirme donde está el maldito idiota?

—En Delta te colgarán -contesta Espectro.

—Estás muy repetitivo. ¿Te has liado con algún bucle en tu programa? ¿O acaso ves el futuro? Tranquilo, tengo tiempo de sobras para arreglar un escenario adecuado. Además, la policía de Delta no sería capaz ni de encontrarse su propio culo aunque su vida dependiera de ello.

—Mataste al capitán y a la tripulación -insiste Espectro.

—Y dale... El capitán era, al menos, tan hijo de puta como yo. ¿Crees que su caridad con ese tarado lo redime? Ten por seguro que ahora está en el infierno. Seguramente borracho. Pero volvamos al asunto que nos

concierno: ¿donde está Tim?

—Mira en ese monitor de la pared. Ahí está Tim.

Tim está en una de las bodegas. En la zona de carga no hay placas GI y Tim flota entre los bultos. Scrooge observa que el idiota mueve los brazos de arriba a abajo entre un fina lluvia de... ¿nieve? La escena parece una de esas bolas transparentes con nieve de pega cayendo. La luz se abre paso en el cerebro de Scrooge. No es nieve, no por lo menos del tipo navideño. Un rugido furioso se escapa de su garganta y corre hacia la bodega.

Scrooge entra como una tromba en la bodega de carga. Libre de la gravedad flota hasta agarrarse a una de las barras de la pared y apunta con su pistola a Tim. Todo el volumen del módulo está lleno de “nieve” suspendida. Parece una maldita postal de Navidad.

—Ahora si que la has jodido cabrón -dice-. Primero me ayudarás a arreglar este estropicio y luego tú y yo hablaremos seriamente pequeño Tim.

—Ya no es el pequeño Tim – la voz de Espectro resuena en el aire.

—¿Ah no? ¿Y quién es? ¿Santa Claus?

—Me ordenaste interrumpir cualquier comunicación con Delta informando de la explosión. Pero ello no me impide ponerme en contacto con la Cofradía y anunciar la muerte del capitán. La Cofradía me ha respondido autorizando al nuevo capitán hace un minuto.

—Que soy yo -responde Scrooge mosqueado.

—No. Yo también lo creía así. Pero como sabrás el capitán era así mismo el dueño de la nave.

—¿Y...?

—Timothy Cratchit, hijo de Robert Cratchit, capitán y dueño de la nave CM-170867-jk Diablo, es el nuevo capitán. El contrato de la Cofradía es claro.

—¡El idiota, su hijo! – Scrooge baja un momento el arma sorprendido.

—¡Ahora Tim!

Tim se engancha a una de las barras de sujección con un mosquetón.

—¡Espectro, abre la esclusa número 10! -grita.

—*A la orden capitán.*

Scrooge mira confundido la figura vestida con traje de astronauta. Oye un zumbido y ve como las luces rojas de emergencia se encienden en la bodega. Levanta el arma.

—¡¡ NOOOO !!!

Es demasiado tarde. La esclusa número 10 se abre en medio de la bodega. Scrooge puede ver las estrellas antes de que el huracán que la diferencia de presiones provoca en el compartimiento le arranque de la barra a la que se ha sujetado precariamente y le arroje al negro pozo del espacio.

Tim se ve succionado por la marea, pero la cuerda de su cintura le sujeta. En medio del caos observa la figura de Scrooge perdiendose en el espacio, girando y alejandose en una nube de polvo blanco.

—¡ Feliz Navidad, señor Scrooge ! - grita mientras gruesos lagrimones resbalan por sus mejillas.

*“No quiero ver injusticia,
no quiero ver miseria,
no quiero ver militares,
ni princesas.*

*No quiero ver dictaduras,
no quiero ver pobreza,
no quiero ver religiones ricas,
ni reinas”*

Manolo Chinato.

La otra navidad

El día acabó en escombros. El cielo inyectado en fuego purificador, en humo negro.

El amanecer oscuro había augurado grandes cambios. La leve nieve de noche se había convertido en agua, el frío aún cortaba el ambiente y las vallas publicitaban, en letras de pintura y brocha gorda, la esperanza de un pueblo, sobre el alambre de espinos.

Un nuevo Mesías se acerca.

Los magos de oriente hacía tiempo se habían deshecho olvidados, Santa Claus nunca había aparecido y para muchos no era fácil revivir la ilusión, desangrada en las calles borboteantes de odio.

Sin embargo ese día la gente empezó a salir de sus ruinas y se juntaron en la plaza con un silencioso cariño en sus palabras. Al fin y al cabo era navidad. Otra navidad. Nadie se disculpó por no tener que regalar, en tiempos así no hacía falta.

Peleshet dormía, con frío en los ojos, en el regazo de su madre. Había nacido ese veinticinco de diciembre, feo y regordete, pero sano. Todas esas personas se había reunido allí por él. Por que los nacimientos eran esperanza en el pueblo. Porque hasta la más fútil sonrisa de ese niño, tan pequeño e indefenso, les colmaba de felicidad más que cualquier regalo.

Su madre parecía extasiada. Un esfuerzo así podría costarle la vida, pero no fue esta vez y ahora le tocaba disfrutar de su hijo. Hacía demasiado tiempo que no era feliz.

Pero desgraciado mundo en el que no importa la vida. Almas en pena envueltas en harapos parecían, muertos entregados al último suspiro.

En el mismo momento en que el último hubo llegado comenzó una amarga procesión. Al frente el recién nacido, el único aún vivo. Portador de un brillo invisible. Como la santa compañía caminaban sobre asfalto destrozado y tierras secas hacia un río cercano. Pisando el suelo con su peso hasta el final del camino. Un paso, otro, al son de trompetas invisibles. Un paso, un suspiro, un traspíe, una ilusión generalizada, la ayuda a los caídos, el ensueño del final y la amargura del camino...

Y alejándose en la amarga soledad comenzó a oírse un canto, horrible como el grito ahogado del exilio se extendió de boca en boca hacia el cielo, a un ritmo indecente.

Mientras tanto y sobre sus cabezas un ángel, uno de esos ángeles de paz que clamaban venganza en las ondas, les observaba. En lo alto recordaba vagamente hechos pasados en la historia. Sentía su unión y le hacía sentirse solo. Pero él lo tenía todo. Él era un ángel y ellos simples mortales. Con las ropas destrozadas y manchadas de barro. No podían, no debían sentirse mejor que él.

Sus brillantes alas negras se agitaron, nerviosas. Malditas gentes. Los ojos teñidos en sangre. Maldijo a los hombre una y otra vez con la muerte. No, no podían, él se lo impediría. Y se fue de allí, sórdidamente, con una sonrisa cínica en la cara. Dejando tras de sí un efluvio perverso.

En el mundo terreno, mientras tanto, un soplo de vida llegó hasta el último habitante. Y la melodía cambió su ritmo. Lo que fuera gris pasó a ser alegre, el desaliento se convirtió en fuerza, la esperanza en realidad. Y bajo su influjo las gentes recuperaron un brillante fulgor de vida.

Cerca del arroyo dejaron sus ropas, abandonadas de barro y polvo, y se sumergieron en la gratificante suciedad de la corriente de escombros. Y como en aguas cristalinas disfrutaron de la leve sensación de libertad. Sintiendo por un momento ajenos al mundo.

El salvador había llegado y no importaban ya ni el invierno, ni la muerte, ni el mismo infierno helado importaban. A pesar de todo Peleshet se aferraba a su madre como al último resto de bienestar. A él el frío no le parecía tan falta de importancia.

El regreso no fue fácil para nadie.

La esperanza seguía latente, tanto que muchos se negaban a aceptar la vuelta a casa. Caminaban, angustiados, el mismo camino que sus felices pasos dejaron atrás en el otro sentido. La vuelta, la eterna vuelta, mientras en el camino se agitaba el ángel del mal, escondiendo bajo tierra un regalo de muerte.

No era la navidad que podría ser pero había sido una navidad feliz. Ahora acaba y la noche les devuelve al día a día. Un estallido sordo, seguido por el llanto de un recién nacido cubierto de polvo y la risa jactanciosa de un asesino intangible.

Una risa que oculta su falsa felicidad, una mentira angelical que llega a matar personas y remordimientos que se ocultan tras una bonita frase.

Feliz Navidad.

Las memorias de Saulo

Victor buscaba sin parar por el centro comercial. Necesitaba encontrar un regalo. El último regalo para terminar las compras de Navidad. Llevaba más de trescientos euros gastados, pero todavía le quedaban veinte. Decidió acercarse a la sección de los libros y echar un vistazo. A su novia le gustaba leer.

Se acercó a un volumen que le llamó la atención por la sencillez de su cubierta. Letras en plata sobre fondo negro: «Las memorias de Saulo». Abrió una página al azar y comenzó a leer:

...El anciano se debatía en su lecho de muerte. Parecía intranquilo, rebullía entre las sábanas de su lecho y sudaba copiosamente. — ¡Marcos! —llamó. Un mancebo de unos quince años de edad, delgado y enjuto se acercó con el rostro lleno de preocupación.

—Aquí estoy señor.

—Se acerca el veinticinco de Diciembre y en la comunidad ya han comenzado los preparativos para las fiestas. Necesito que me prometas hacer una cosa cuando yo muera... —La cara del muchacho se contrajo en una mueca de dolor, pero no tuvo tiempo de replicar—... necesito que escribas la historia que voy a contarte, que todo lo que escuches quede reflejado en letras y lo distribuyas entre los hermanos. La verdad no debe quedar oculta. —El anciano suspiró largamente y por un momento pareció que no iba a sobrevivir.

—Mi nombre es Pablo, antaño conocido como Saulo de Tarso, y esta es la historia de lo que nunca debió suceder...

»Yo perseguía a los cristianos, los cazaba, pero ante la imposibilidad de someterlos, me uní a ellos. Esa fue la primera mentira de tantas otras, pues nunca he sido cristiano, ni tan siquiera ahora. Me informé de las leyendas que circulaban sobre la vida de Jesús, sobre la vida del Maestro, y aproveché las enormes lagunas que había para iniciar mi trabajo. Ahora que termina el siglo, ese que hemos inventado en honor a un

Cristo que nunca existió, estoy a punto de morir, y se me da en mi último aliento de vida, la posibilidad de congraciarme con Él y conmigo mismo.

»Todo fue una terrible mentira, el Maestro no nació de una virgen, fue un recurso que me inventé. Si los dioses egipcios, griegos y orientales habían nacido siendo su madre una virgen, ¿por qué nuestro dios iba a ser diferente?

Marcos estaba lívido, no había dejado de tomar nota ni un instante. Su inquietud por el anciano había dado paso a otra más acuciante: Todo era una farsa Pablo miró a su pupilo y con un amago de sonrisa le instó a que prestara atención. Marcos asintió levemente y el anciano continuó:

—Los escritos que los primeros discípulos fueron mostrando a las diferentes comunidades contenían muchos errores y omisiones, de modo que las diferentes iglesias de nuestros hermanos fueron adoptando distintas versiones —todas ellas acorde a sus intereses— y de alguna manera los errores, unos intencionados, y otros no, se fueron multiplicando. Yo presenté a Jesús como el dios desconocido. Ése que tiene su hueco en los panteones griegos y romanos. Fue muy bien aceptado, y el bulo se fue haciendo cada vez más grande. Sin embargo, al llegar a pueblos más lejanos, topé con un serio problema. Su rudeza y sus ideas primitivas eran de difícil acceso. Pensé y le di muchas vueltas al asunto, hasta que un día di con la solución.

»Estos pueblos adoraban a los animales, a las plantas, pero sus fiestas más importantes eran las relacionadas con el Sol y con la Luna. El veinticuatro de Diciembre —según calendario romano— celebraban el día del nacimiento de su dios Sol, y el veinticuatro de Junio —según el mismo calendario— el nacimiento de la diosa Luna. Lo vi claro: El día del Sol sería celebrado como la Natividad de nuestro Señor Jesús, Sol de la humanidad. La noche de la Luna sería celebrada como la Natividad de nuestro Santo Juan Zebedeo, compañero y amigo de nuestro Señor.

El muchacho no dejaba la pluma. Escribía como nunca antes lo había hecho, y poco a poco se hacía la luz en su corazón. Miró a los ojos de su mentor con cariño y comprensión pidiéndole con un movimiento de su cabeza que continuara. Saulo recogió el cariño de Marcos en su corazón y prosiguió:

—No quiero extenderme mucho pero, puedes hacerte una idea de la cantidad de incongruencias que nos inventamos en nombre de Dios. Sólo había que declarar una verdad y no perderse en más detalles. —Carraspeó para aclararse la voz y clavó sus profundos ojos negros en los de su asistente—: ¡Dios es Amor! ¡No existe ningún infierno! ¡Hemos venido a este mundo a amar y eso es lo más importante...!

Marcos esperó unos segundos a que continuara. Por unos momentos pensó que su profesor se había cansado en exceso y se había quedado dormido, pero observó como sus ojos parecían buscar en el pasado los hechos que quería contar. Durante breves instantes el muchacho rumió todo lo que había escrito en el pergamino y finalmente se atrevió a preguntar:

—Señor, si todo lo que has contado es cierto, todas las creencias cristianas son una mentira. Si todo eso es cierto, ¿qué debemos hacer? ¿Por qué habríamos de celebrar la Natividad de nuestro Señor? ¿Para qué celebrar la Navidad si todo es mentira? ¿Para qué...? —El muchacho enmudeció mientras las lágrimas cubrían su rostro desolado. Y fue entonces cuando el anciano, recuperando toda su vitalidad, volvió a hablar:

—Jesús vino a conocer a sus criaturas. Vino a estar con nosotros. Nos enseñó que somos hijos de un mismo Padre. Un Padre azul que cuida de nosotros y que nos da la salvación nada más nacer. Vino a decirnos que viviéramos la vida, que la hiciéramos más fácil para todos, porque Dios es Amor, y eso lo dice todo. En cuanto a la Navidad... —pareció dudar, pero recompuso el gesto de su rostro y continuó —... la Navidad merece ser celebrada, pero no solamente ahora, sino en el día a día, pues estamos celebrando que Dios es Amor y que todos nosotros somos hermanos.

Marcos quedó anonadado y tardó varios minutos en darse cuenta de las consecuencias de todo lo que acababa de ser revelado. Observó a su señor, durante unos minutos, sin pestañear siquiera. El rostro de Pablo estaba relajado, feliz, y una sonrisa bendecía su expresión. El muchacho miró a los ojos del que fuera su único amigo y vio en ellos la verdad.

« Será como vos me pedisteis, señor. Yo me encargaré de que así sea. »...

Víctor no podía dar crédito a lo que acaba de leer. Cerró el libro con desgana. Suspiró sorprendido, sacudió la cabeza para alejar los malos pensamientos y sonriendo exclamó:

—¡Creen que somos unos ingenuos! ¿Qué nos van a contar ahora, que hay vida en otros planetas o qué? — y continuó caminando por los grandes almacenes buscando un buen regalo para su novia.

FIN

La Natividad de Jesús

El amplio salón, habitualmente decorado con suaves colores crema, estaba saturado de chillones tonos, típicos de la navidad. Las mesas, preparadas ya para la cena, rendían tributo al pequeño estrado que presidía la estancia.

Trizia se sirvió otra taza de ponche y miró a su alrededor. Sus compañeros eran felices; hablaban y reían con sinceridad. Un sentimiento de profundo bienestar que no había sentido en mucho tiempo caló en su mente. Ella también era feliz de estar allí, de formar parte de ese grupo, de compartir las mismas esperanzas y deseos.

El olor a pan recién hecho inundó el ambiente y, sin saber muy bien por qué, una imagen saltó a su cabeza. Era el recuerdo de un gran abeto junto a la ventana del salón. Era el recuerdo de su madre sonriendo mientras colocaban la estrella en la punta verde. Recuerdos inocentes de una infancia perdida. Pero ahora, a pesar de muchos años de decepciones, y olvidadas todas las ilusiones, volvía a sentir aquellas emociones. Los ruidos de los platos, anunciando que la cena ya estaba lista, hicieron que volviera a la realidad.

Durante aquella deliciosa cena, en la que los aromas se superponían como las notas de una sinfonía, los invitados se distraían estableciendo conversaciones superfluas, intentando no tocar el tema por el que se habían reunido. Simplemente querían olvidar durante algunos instantes el nerviosismo que produce la impaciencia del que espera.

Al fin la cena llegó a su fin. El Maestro subió al estrado y comenzó su esperado discurso. Automáticamente el silencio se hizo en la sala. Trizia se miró las manos con nerviosismo y se dio cuenta de que estaba temblando.

“... Hace más de 2.000 años que Jesús Nuestro Señor vino a la Tierra con la intención de divulgar su conocimiento entre todos los hombres. Sin embargo el ser humano no supo aprovechar el gran privilegio que se le ofrecía. Él llegó en una época de barbarie e incultura en la que ni siquiera sus discípulos supieron entender lo que pretendía de ellos. Tuvo que adaptar sus palabras y sus hechos para aquellas sencillas mentes, pero aún así no pudo revelar su verdadera procedencia. Abatido y decepcionado, decidió dejar aquel cuerpo humano prestado y volver a su lugar de origen.

Hemos evolucionado mucho desde entonces. El hombre ha puesto el pie en el espacio y tenemos la capacidad de comprender de qué lugar vienen Él y los de su raza. Esta es una época idónea para una nueva Venida, pues El Mesías así lo ha decidido”

Trizia había escuchado esta historia muchas otras veces, pero ahora la sentía más cerca que nunca. Con el corazón latiéndole con fuerza y el pelo erizado, no podía dejar de mirar al Maestro ni de escuchar sus firmes palabras.

“Hoy es el gran día. El reloj marca ya un sol diferente; es 25 de diciembre, y nosotros somos los nuevos discípulos de Jesús. Pero en esta ocasión Él no vendrá a nuestro encuentro, sino que nosotros iremos en su busca. Liberaremos nuestras almas del peso malsano que ejerce el cuerpo y que tanto daño hizo en el pasado.

Es una decisión difícil; lo sabemos. Pero habéis elegido sabiamente estar cerca de Él.”

Todos sabían qué hacer cuando acabó el discurso. Se dirigieron hacia un cuarto situado a la derecha del estrado. Cogidos de las manos pasaron a aquella habitación pequeña, sin adornos superficiales. Se fueron sentando sobre los lechos de olorosas flores blancas colocados en el suelo, en dos filas enfrentadas.

— Con esta copa yo te busco —dijo el Maestro. Y en un ritual ya ensayado anteriormente todos levantaron su copa y repitieron estas palabras al unísono.

Trizia bebió el contenido de la copa. No tenía miedo; los demás tampoco. Se tumbó sobre su lecho y cerró los ojos. Una sensación de paz como nunca jamás había sentido se iba apoderando de su ser.

De repente, un grito desgarrador emitido sin palabras se introdujo en su mente. Era un grito de angustia, un lamento que lloraba su error, que le avisaba desde algún lugar escondido. Creyó reconocer a su madre e intentó escapar. No podía moverse. Era ya demasiado tarde.

Una nueva era

Una ligera y fresca brisa acariciaba las hojas de los sempiternos robles del sacro bosque de los Carnutos. La primavera nunca abandonaba aquel mágico lugar. Gráciles y diminutas aves revoloteaban aquí y allá buscando alimento mientras otras entonaban melodiosos y armónicos trinos. Las fragancias más exquisitas de las incipientes flores flotaban en el aire mezclándose con hebras de niebla que se deshilachaban con los primeros rayos de sol. Sin embargo la tensión reinaba en el claro del bosque. Los cinco entes ahí congregados habían de tomar una delicada y trascendente decisión.

—Madre está agonizando. —las hiedras trenzadas que cubrían la figura crujió al tiempo que su melodiosa voz impregnó el aire levantando los más sutiles aromas de las flores que la envolvían. Coloridos insectos y vistosas aves revolotearon brevemente a su alrededor. —Nuestros intentos por hacer entrar en razón a los hombres no han servido de nada y ahora ellos dominan nuestra fuerza.

La vorágine de llamas y rayos que flotaba a escasos metros crepitó y se revolvió inquieta creando un maravilloso efecto de luces que iluminó el claro. A su lado, la imponente masa de tierra y roca comenzó a moverse lenta y pesadamente creando toda suerte de chasquidos y poderosos crujió que hicieron temblar el suelo.

—También pienso que es nuestra última esperanza —continuó la florida figura—. Hace siglos que los vientos de la magia y el caos no vuelan libres por Madre y deberemos elegir sabiamente a los hombres capaces de dominar su poder.

La espesa y compacta nube que flotaba a su izquierda rugió entonces estremeceadora recordando el sonido de las olas del mar debatiéndose en una tormenta. A escasos metros un pequeño torbellino levantó las hojas secas del suelo arremolinándolas vertiginosamente, silbando y ululando sobrecogedor.

—Así queda decidido, en la noche más larga del ciclo, el Sexto volverá entre nosotros...

En estas fechas la avenida está abarrotada de gente, pero aún así me gusta salir a pasear por ella, los árboles que la flanquean me fascinan, a pesar de esos ridículos adornos que los cubren. Al menos son reales. Creo

que es lo único que me gusta de la Navidad. Podemos ver árboles de verdad y no esos estúpidos hologramas de los parques. Es cierto, el ambiente en ellos es impresionante; el frescor, el aroma a hierba húmeda, incluso el canto de los pájaros está recreado de una manera extraordinaria. Pero a la que te acercas a un árbol para tocarlo ¡zas! Se desvanece toda la magia. Es realmente frustrante ver como tu mano atraviesa el tronco palpando solo aire. La verdad es que no sé si realmente los bosques fueron tal y como nos los pintan, pero nadie es lo suficiente viejo para recordarlos, de modo que tenemos que creérnoslo. He de admitir que paso largas horas en esos bosques holográficos soñando con aquellos tiempos en los que realmente existían, cuando entre ciudades había grandes espacios abiertos, campos, bosques, montañas... Ahora entre las inmensas Urbes tan solo hay infinitos océanos.

Hace algunos años aún era posible ver algo parecido a campos de cultivo en los Grandes Invernaderos, pero desde la invención del sintetizador molecular de materia fueron substituidos por centros de ocio y zonas verdes, holográficas claro, mucho más fáciles y económicas de mantener.

Desearía volver al pasado. Regresar a aquellos tiempos ancestrales que cuenta la historia en que el hombre vivía en armonía con su entorno. Tiempos en los que la humanidad veneraba y respetaba al cielo, al mar, los árboles, los astros... ¡Los astros! ¿Cuanto tiempo hará que un hombre no ve las estrellas desde la Tierra? Desde que se colocaron los Escudos cubriendo cual manto la bóveda de las grandes Urbes para protegerlas del exceso de radiación y los continuos tornados, ya no vemos ni el Sol. Las noches y los días son recreados artificialmente y tampoco distinguimos el invierno del verano en nuestra ratonera urbana. Si no recuerdo mal hoy mismo se cumplía la entrada del invierno. El solsticio de invierno, la noche más larga del año. Los días volvían a ser más largos a partir de esta fecha, era el fin de la época de tinieblas y el comienzo de una nueva era solar según rezaban muchas culturas. Durante varios días se daban grandes celebraciones y festejos. Hasta que llegó el cristianismo y cambió el sentido de la fiesta inventando la Navidad. Una gran estrategia por parte de los cristianos,

cierto, no erradicar una fiesta sino amoldarla a sus necesidades. Pero ello acabó con antiguas formas de vida, con ancestrales cultos impregnados de un halo de magia y misterio. ¿Existió realmente la magia? Hoy día la ciencia tiene explicación y solución para todo, sería una estupidez creer en ello, aunque a veces me gusta soñar con un mundo donde la magia es posible.

¡Otra vez sonando la dichosa sirena! ¿Quién es ahora el imbécil?

“Primer puesto clase D: Salvador Sanchez. Gasto 514.254 créditos”

¡Esto roza lo ridículo! Soy ciudadano de clase C y no me gasto ni la mitad que ese pingado. Pero está claro, en Navidad todo el mundo quiere jactarse de ser quién más lujos se ha otorgado. Aunque luego vivan con el agua al cuello el resto del año. La gente es así de hipócrita, viven todos en un quiero y no puedo con tal de ser la envidia del vecino. Que bien supieron verlo las grandes firmas comerciales colocando estos paneles informativos. La gente se ve incitada a quedar lo más alto en el “Ranking de Compras Navideñas” y cada año las cifras son más astronómicas. Luego, pasadas las fiestas, todos alardeando de lo que se han gastado. En fin...

Voy a sentarme un rato bajo este árbol. Es extraño, ¿que será esa substancia roja y viscosa que rezuman sus hojas? Parece... ¡¿Sangre?! No es posible ¡Los demás árboles de la avenida también...! ¿Qué demonios...? ¡Se está formando un charco de sangre en sus base! Y los troncos... ¡se mueven! ¡¿Qué son esas grotescas figuras que se revuelven en ellos?! Calma, calma, esto no puede ser, tiene que haber una explicación. Vale, entiendo. Será el anuncio de alguna película de terror. Pero... ¡No puede ser! ¡No se trata de un holograma! ¡Esta sangre es real! ¡Dios! ¡Aquella mujer acaba de ser atravesada por una rama! Debo mantenerme apartado de los árboles, pero la marabunta de gente que corre ahora presa del pánico es casi tan peligrosa como ellos. ¿Y esas explosiones? ¡Los termoluminadores! ¡Han reventado! ¡Las llamas se lanzan contra la gente! ¡Esto es una locura! ¡¿Qué demonios está pasando?! ¡Esa llama viene hacia mí! ¡Nooooo...!

¿Qué ha pasado? ¡Esto es increíble! La llama se ha detenido flotando en mi mano. ¡La controlo!

En el sagrado claro del bosque, un nuevo ente se había manifestado. Una masa de formas grotescas y cambiantes, colores exultantes, llamas y rayos espontáneos se agitaba ahora junto a los Cinco. Tras siglos de exilio, el poder de la magia y el caos había regresado entre los hombres y solo unos pocos elegidos serían capaces de dominarla.

Simón

El pálido brillo de las luces de la ciudad se reflejaba tímidamente a través del immaculado ventanal de la octava planta del lujoso hospital central.

Magdalena trataba de descifrar la canción oculta detrás del rítmico golpeteo de las gotas de lluvia que comenzaban a castigar el grueso cristal, en un vano intento por aliviar la tensión que le había consumido durante horas.

Su corazón se paralizó al sentir un roce tibio sobre su hombro.

– Señora Durant- dijo la voz cavernosa del doctor Iriarte.

La mujer volteó su cara y se encontró con los penetrantes ojos ambarinos del galeno mirándole fijamente.

–¿ Y bien?- Inquirió con su corazón en la mano.

El medico guardó silencio por unos segundos antes de mover su cabeza negativamente.

En ese momento el mundo de Magdalena se derrumbó cómo un castillo de naipes; sus piernas se doblaron cómo dos hojas al viento, mientras el doctor Iriarte la aferraba entre sus brazos para evitar que cayera de bruces.

– Hicimos todo lo posible por salvarlo; pero su cuerpo había sufrido daños muy severos - observó el taciturno galeno sin ocultar su frustración.

–¿ Puedo... verle?- preguntó Magdalena mientras limpiaba las lagrimas que empezaban a correr por sus mejillas.

Sin decir palabra, el doctor Iriarte asintió con la cabeza y la condujo en silencio hasta el fondo del corredor.

Magdalena caminaba sin rumbo fijo a través de las céntricas calles de la ciudad, sin prestar atención a los demás transeúntes que en esos momentos se desplazaban por aquel lugar con la esperanza de hallar un almacén abierto para conseguir los últimos detalles antes de medianoche.

Alzó su cabeza en el medio de una plaza atestada de gente y divisó en lo alto de una torre un aviso en inglés que rezaba: “Merry Christmas”, colmado de titilantes luces de colores que jugueteaban con la tímida lluvia que caía en aquellos momentos. Debajo del inmenso letrero, un reloj digital anunciaba las horas restantes antes de nochebuena.

En ese preciso instante el rostro de Simón se materializó en su mente. El recuerdo de sus grandes ojos marrones llenos de picardía y su sonrisa amplia y soñadora, le provocaron un vacío en el estómago. Magdalena sintió como si su corazón le hubiera sido extirpado de un zarpazo y se desvaneció como un muñeco de trapo. Sólo la pared impidió que su frágil cuerpo alcanzara el adoquín. Respiró profundamente y se sintió mucho mejor al experimentar el aire frío de la noche quemando sus pulmones.

A su alrededor todo era alegría y regocijo; el espíritu de la Navidad se había apoderado de la ciudad y en todas partes se apreciaban sus señales. Sin embargo, para Magdalena toda la felicidad había terminado abruptamente unas horas antes, cuando su pequeño hijo Simón había sido arrollado por un conductor ebrio.

Desesperada, maldijo a todos los que caminaban a su alrededor; los envidiaba por tener a una familia esperando en casa para celebrar la Navidad. Ella por el contrario, había perdido todo lo que amaba en el mundo, y a pesar de buscar con ahínco una razón para seguir viviendo, nada parecía tener sentido en estos momentos en que el dolor nublaba su razón.

Caminó hacia un extenso puente que colgaba sobre el río, con la intención de arrojarle a las aguas oscuras que bramaban enfurecidas al chocar contra las rocas, cuando el familiar sonido de las campanas hizo eco en su afligido corazón.

La capilla era pequeña pero acogedora; una extraña paz envolvió a Magdalena cuando ingresó al corredor sobriamente iluminado. Aún no podía entender que la había impulsado a entrar en aquel lugar; después de

todo había sido él quién le había arrebatado a su pequeño Simón. Tampoco comprendió por que decidió sentarse en la primera fila, justo al lado de la única persona en la iglesia aparte de ella.

Permaneció en silencio por unos minutos esperando algún tipo de consuelo, pero todo fue en vano. Estaba decidida a marcharse para acabar de una vez por todas con su tormento, cuando la mujer arrodillada a su lado llamó su atención. Magdalena no era muy asidua a los ritos religiosos, sin embargo se estremeció al notar la inquebrantable fe reflejada en aquella mujer; nunca antes había visto orar a alguien con tanto fervor y entrega. Por su expresión descubrió que una gran pena consumía su ser y de inmediato experimentó una profunda empatía por aquella extraña.

– Llevó un año viniendo aquí todos los días- dijo la mujer con una pálida sonrisa al notar que le observaban con detenimiento.

¿ Y por qué razón?- inquirió Magdalena mirando el altar con desdén; nunca podría perdonarle a Dios que le hubiera arrebatado a su pequeño.

– Estoy esperando un milagro; un milagro de Navidad- contestó la mujer apretando un rosario entre sus dedos sudorosos.

Magdalena lanzó un suspiro y la miró con incredulidad: -¿ Y crees que él te escuchara?- preguntó con ironía.

La mujer apretó sus brazos contra el pecho y agachó su cabeza: - Es la última esperanza que me queda; de lo contrario mi pequeña Sol no llegara al año nuevo- musitó con voz quebrada.

Magdalena sintió como un nudo le apretaba la garganta; guardó silencio por unos instantes sin saber que decir: - ¿ Y qué le sucede a la pequeña Sol? –preguntó finalmente armándose de coraje.

Reconoció su propio dolor al sentir los ojos de aquella mujer mirándole fijamente.- Mi pequeña necesita un trasplante de corazón; hemos tocado todas las puertas, pero siempre nos dicen que tenemos que esperar. Mientras tanto tengo que ver con impotencia como mi pequeña florecita se marchita día a día- murmuró con sus ojos encharcados.

- ¡Pero es imposible! Debe haber algo que se pueda hacer – replicó Magdalena impresionada.

La mujer la tomó de las manos y Magdalena percibió el dolor y la impotencia que la acosaban al sentir el contacto de su piel sudorosa.

– No contamos con los medios para conseguir un donante antes de que mi niña muera; si fuéramos ricos, tal vez nos pondrían en la cabeza de la lista de espera; pero no soy más que una ama de casa y mi esposo un carpintero. Como usted puede ver, lo único que nos queda por hacer es esperar un milagro del cielo – dijo la mujer sin ocultar su impotencia.

Magdalena se quedó sin palabras al escuchar la triste historia de la pequeña Sol. Intentó decir algo para reconfortar a aquella mujer, pero sabía que cualquier cosa que dijera no podría mitigar la oscura pena que llevaba sobre sus hombros.

–¿ Me acompañaría a orar por mi pequeña?- la invitó la mujer con una pálida sonrisa que no logró borrar la tristeza reflejada en el fondo de sus ojos.

Magdalena asintió con la cabeza y se arrodilló a su lado, comprendiendo al fin que su dolor estaba de alguna forma ligado con aquella mujer.

En ese instante descubrió que su presencia en aquel templo no era producto de la casualidad; una pequeña luz se encendió en su corazón después de comprender la razón que la había llevado hasta aquel lugar en esa fría y triste nochebuena.

Unos días más tarde, la pequeña Sol recibió el mejor regalo de Navidad de toda su vida: Un corazón nuevo de parte de un pequeño llamado Simón.

Magdalena por su parte, comprendió que la esencia de su hijo viviría para siempre después de haber visto la amplia y soñadora sonrisa de la pequeña Sol.

FIN.